



# LA NAVE DE PLATA

JOE BENNETT

*Colección*  
**LUCHADORES**  
DEL ESPACIO

*Walt*

# Table of Contents

La nave de plata

INTRODUCCIÓN  
INTRODUCCIÓN  
CAPÍTULO PRIMERO  
CAPÍTULO II  
CAPÍTULO III  
CAPÍTULO IV  
CAPÍTULO V  
CAPÍTULO VI

Notas a pie de página

## Annotation

Tras la Era Atómica vino la Interplanetaria. El Hombre -audaz y curioso insaciable- construyó sus naves del espacio, aprendió a romper las cadenas que lo aferraban a la Tierra y viajó por las zonas interestelares hacia otros mundos de su Sistema Solar.

Al principio fueron balbuceos, pasos torpes de niño. Luna, Marte, Venus... Luego, caminó con firmeza.

# La nave de plata

Joe Bennett

# La nave de plata

Luchadores del Espacio, 165



JOE BENNETT

**LA NAVE  
DE PLATA**



EDITORIAL VALENCIANA  
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

*Colecti6n*  
**LUCHADORES**  
DEL ESPACIO

# INTRODUCCIÓN





# INTRODUCCIÓN

Tras la Era Atómica vino la Interplanetaria. El Hombre —audaz y curioso insaciable— construyó sus naves del espacio, aprendió a romper las cadenas que lo aferraban a la Tierra y viajó por las zonas interestelares hacia otros mundos de su Sistema Solar.

Al principio fueron balbuceos, pasos torpes de niño. Luna, Marte, Venus... Luego, caminó con firmeza.

Recorrió el infinito negro. Posó las plantas en astros remotos. Se adueñó del Universo.

Hasta llegar a la conquista espacial transcurrieron siglos. La técnica navegatoria dejó atrás la etapa rudimentaria y alcanzó la gloriosa perfección y seguridad. Ya no existe rincón del Cosmos donde se desconozca la palabra *humano*. Plenitud y victoria para el terrícola. Vive ahora en la Era Galáctica.

Nuevos tiempos, nuevas costumbres y nuevos oficios. He aquí la novela de una profesión desconocida para el habitante de la Tierra actual: El espacio-transporte.

Los conceptos han variado. El Hombre ya no se limita a trasladar sus mercancías de Londres a Berlín o de Madrid a Nueva York. Va más lejos. Al Gran Cielo.

El Hombre transporta ahora desde Júpiter a Urano. Se detiene en Titán. Reposta radiocombustible en los centros de aprovisionamientos instalados en Deimos, en Rhea, en el frigidísimo Tritón...

Era Galáctica. Espacio dominado.

El terrícola, siempre práctico y siempre ambicioso, no ha perdido sus pasiones a lo largo del tiempo. Es noble o indigno. Cobarde o heroico. Tiene los mismos defectos y virtudes que distinguieron a sus arcaicos antepasados de la época del átomo, la electrónica y la batalla termonuclear.

Los tiempos cambian... pero el Hombre es inalterable en su cuerpo y en su mente. Por eso, el Hombre será tema eterno de aventura. Personaje principal de todas las épocas pasadas, presentes y futuras. Creará la historia con sus azares de inquietud, dominio y codicia.

Porque el Hombre es todo ello, formando un conjunto híbrido de rara mezcla, aunque avance por la vida a pie, en vehículo automóvil o en centelleante nave de plata...

# CAPÍTULO PRIMERO

## El sector asteroidal

El multiforme Reino de los Enanos se esparcía en toda su dilatada extensión. Miles de cuerpos celestes, rutilantes y heteróclitos, salpicaban la inmensidad negra del Cosmos.

Era un espectáculo fascinante y alucinador. Una experiencia por la que Lawrence Baxter y Dale Westaco habían pasado en ocasiones anteriores y de la que, no obstante, resultaba imposible sustraerse dada la grandeza y majestuosidad de aquel sector sin parangón en la infinita inmensidad del Sistema Solar.

Los planetoides. Pequeños astros —o asteroides— formando el ancho Cinturón que abarca, principalmente, la zona intermedia que separa al Rojo Marte del Gran Júpiter.

El sector de los guijarros celestes. Una anchísima faja poblada de cuerpos subyugantes. Mundos diminutos y sin embargo, tan característicos como los planetas mismos.

Porque, a fin de cuentas, son planetas. Hijos menores de los gigantes padres cósmicos, con tanto derecho a llamarse así como los nueve mejor conocidos, colonizados y explotados por los gobiernos conjuntos que rigen la Confederación Terrestre.

Más de 50.000 planetoides se esparcen por la amplitud inconmensurable del Sistema Solar. Su distribución celeste no es lo que podría decirse uniforme, ya que la mayor cantidad de ellos se encuentran entre Marte y Júpiter; pero también existen en otras zonas interestaciales.

Thule, por ejemplo, uno de los más lejanos al Sol y Eros, su polo opuesto, el más cercano al Astro Rey. Una colocación irregular y anárquica, que acabó por destruir las añejas teorías de la Era Astronómica basadas en explosiones planetoidales que determinaron el nacimiento de los miles de fragmentos flotantes que forman el Reino de los Enanos.

Pero —y de ahí la designación de *cinturón* planetoidal— la mayoría está situada entre Marte y Júpiter. Una masa de mundillos habitados o despoblados, según las condiciones físicas de vida que rigen en ellos, donde el Hombre perpetúa sus sistemas existenciales y ha implantado regímenes de supervivencia idóneos para disfrutar de las mismas prerrogativas —artificiales, claro— que imperan en su poderoso mundo.

Ahora, en plena Era Galáctica, el terrícola puede hablar con propiedad de los planetoides.

Las órbitas de algunos se acercan a la Tierra. Otras llegan hasta Mercurio. Y algunas se alejan tanto del Sol como el anilloso Saturno y el extravagante Urano. Constituyen los extremos del Cinturón.

Las dimensiones de estos minúsculos cuerpos son notablemente reducidas. Los cuatro más grandes<sup>1</sup> resultan verdaderos pigmeos comparados con la Luna, el satélite terrestre cuyo diámetro alcanza los 3.400 kilómetros. Existe infinidad cuyo diámetro no excede de cinco kilómetros e incluso algunos, desechados para la colonización, de menos de 1.000 metros.

Pero ahí están los asteroides. Gravitando en el Universo e imponiendo una *barrera* que el Hombre ha tratado de salvar por medios científicos al objeto de hacer menos dificultosa la navegación interestelar<sup>2</sup>.

Están en el sector Marte-Júpiter para bien y para mal. Aunque — esto es innegable— el terrícola ha sabido extraer todo el jugo práctico de su colocación sideral. El Hombre adivina siempre *dónde hay negocio*.

Por lo menos, así pensaba Lawrence Baxter aquella jornada en su ruta hacia el ya próximo Ceres, mientras contemplaba la zona asteroidal a través de la lucerna de material telescópico.

Su astronave de carga, repleta de mercancías, no tardaría en alcanzar la superficie escabrosa de Ceres. Y entonces, una vez cobrados los elevados derechos que señalaba el arancel de espacio-transporte, Dale Westaco y él podrían divertirse a sus anchas en resarcimiento de lo que los psicópatas llaman *soledad cósmica*. Vendría la bien ganada revancha de tantas fatigas, tantos desvelos y tantísima monotonía como produce la navegación espacial.

A través de la lucerna, Lawrence Baxter contemplaba el espectáculo del cielo, profundamente distinto a todo lo conocido en la Tierra. No era cosa nueva para él, en verdad. Incontables viajes llevaba realizados en unión de Westaco desde que fundaron la “Transpace Inc”, su propia compañía transportista de la que eran socios a partes iguales.

Con una nave vieja, media docena de servomecanismos y derrochando audacia, se lanzaron a la explotación de un negocio todavía en ciernes.

Hasta el momento no podían quejarse de la marcha del mismo. Tenían trabajo. A veces, hasta clientes fijos. Y la “Transpace Inc” iba adquiriendo cierto renombre en cuanto a seriedad, eficacia y regularidad de entrega.

Algún día lograrían ampliar la flota y contratar espacionavegantes para coronar los recorridos, mientras ellos ordenaban cómodamente los transportes en la oficina de Marte, regida ahora por un agente de buen sentido comercial, pero anulado por la *espaciolisis*,

o enfermedad que transformaba el horror al vacío interplanetario en locura total.

Era Beyonde, un muchacho prematuramente envejecido, que antaño pilotó astronaves de línea para una compañía de pasaje periódico. Tal vez —y esto lo habían pensado en más de una ocasión— Westaco y él terminasen igual; es decir, aquejados por la nefasta *espaciolisis*. Aquello sería fatal para el negocio. El sueño dorado de grandezas y prosperidades se haría trizas.

Por lo pronto, resistían bien la *soledad cósmica*. Acaso, gracias a las curas de libertinaje con que se resarcían de cada recorrido.

Sí. Ceres, el cercano planetoide, meta de su destino, significaba el final del viaje. Y también, una merecida cura contra el aburrimiento e inanición que atesoraron desde la partida de Marte.

El cielo, inmenso y desconcertante, resultaba negro. Negrísimo. La ausencia de atmósfera le dotaba con aquel azabache intenso día y noche.

Las estrellas se apreciaban con nitidez, brillando cegadoramente, fijas, pero sin centelleos. A tales distancias espaciales, la salida o la puesta del Sol —fenómeno que para el terrícola es vital y constante— no producía el menor efecto sobre la luminosidad estelar y la negrura celeste.

Allí estaba, frente a él, Júpiter. El planeta constituía el más importante astro del cielo que rodea a los asteroides. Enorme, fosforescente, mostrando sus fases entre esplendores fantásticos.

A su espalda, imposible de contemplar por la lucerna telescópica —aunque factible de ser descubierto mediante utilización de la retro pantalla cosmológica— gravitaba Marte, convertido en una pelota roja con suave blanqueo en los polos. Dos gigantes separados por la legión de pigmeos asteroidales.

Entre ambos planetas, avanzando a terrorífica velocidad pese a su apariencia inmóvil, la astronave de carga que para Lawrence Baxter y Dale Westaco representaba su único medio de vida, se aproximaba por décimas de segundo a Ceres.

Una resistencia verde del tablero superior de conexiones electrónicas parpadeó entonces.

Lawrence vio reflejado el intermitente parpadeo en la convexidad interna de la lucerna. Volvió el rostro al tablero y accionó un control de palanca.

La pantalla del *intercom* se iluminó, mostrando la faz pecosa y agresiva de Dale Westaco.

—¿Cuándo vas a dejar la contemplación, Law? —gruñó su amigo y socio—. ¡Cualquiera diría que eres un neófito del espacio!

—Pues... no sé —sonrió Law—. A veces, creo que lo soy.

—Los medidores señalan cien espaciomillas tope hasta el

pedrusco. ¿He de dirigir yo solo la maniobra?

—Ahora voy —replicó Law—. Te echaré una mano. Otra cosa —apuntó con el dedo al rostro que le observaba desde la pantalla—. No llames a Ceres *pedrusco*. Le pusieron nombre para distinguirlo de los demás.

—Pero es un pedrusco infame.

—Bueno. Ya subo. Creo que te hace falta un poco de diversión, porque empiezan a manifestarse los primeros síntomas producidos por la *soledad cósmica*.

—Seguro. El próximo viaje traeré un chimpancé para que me haga compañía. Cualquier cosa es mejor que un socio enamorado del cielo...

Law rió entre dientes y cortó la conexión. Pulsando un botón, hizo que el protector automático de extraberilio cubriese la lucerna por su parte exterior.

Mientras se introducía en el elevador que le llevaría a la cabina de mandos, escuchó el susurro deslizante de la plancha al quedar encajada. El *ojo* telescópico de la astronave acababa de ser cubierto. Ni un destello escapaba ahora del gran cigarro de plata que volaba entre asteroides.

En realidad —admitió honestamente— hacía varias horas que se dejó relevar por Dale. Sabía que el irritable pelirrojo había contado cada minuto. Y no con mala intención, por supuesto.

Pero en el espacio, la compañía se agradece infinito, porque el ser humano se deja pronto influenciar por la excepcional sensación de soledad, convirtiéndose en víctima propiciatoria para un ataque preliminar de *espaciolisis*. Beyond, el agente de Marte, representaba una fehaciente prueba de ello.

El elevador lo transportó a la cabeza del carguero con rapidez. Dale Westaco, cuya atención se hallaba absorbida por los instrumentos direccionales, le daba la espalda. Al escuchar sus pasos, se volvió a medias y rezongó:

—Bienvenido... Creí que habías saltado al vacío por los tubos de desecho...

—No digas tonterías, zanahoria —repuso Law de buen humor—. Aquí me tienes. Desciende del trono y deja los mandos a papá Law.

—Aún puedo ser útil en algo.

—Desde luego. Ve a preparar los equipos de descenso y alinea los servomecanismos en formación de descarga. Vaciaremos el almacén nada más posarnos en el planetoide. Mark Pellis nos estará aguardando en el coheteródromo. Apuesto a que se lo come la impaciencia.

—Pues no llevamos retraso.

—Para Pellis siempre hay retraso —Law echó una ojeada a los

mecanismos—. Impulsión, doscientos. Girocontrol, ocho. Doce de presión. Distancia, cincuenta espaciomillas... —sacudió la cabeza—. Todo conforme. Déjame sitio, Dale.

—El señor ha llegado...

—... Y no necesita a nadie para realizar la maniobra. Anda. Lárgate.

Dale Westaco —un gigante de poderosa musculatura— abandonó el sillón fluctuante y suspiró.

Resultaba notable, aun dentro de la repleta cabina. Hasta los depósitos de oxígeno parecían chicos a su lado. El rostro pecoso, los rojos cabellos y el eterno frunce de las cejas, constituían lo más característico de la desbordante humanidad.

De no haber sido porque Lawrence Baxter era todavía unas pulgadas más alto que él, se hubiese dicho que no existía en el Universo otro ser de sus fenomenales dimensiones. Con hombres de su apariencia no resultaba difícil comprender que las restantes razas del Cosmos hubieran acabado por someterse a la supremacía humana. Supremacía que abarcaba todos los órdenes.

Law se hizo cargo de la dirección astronáutica con esa sencilla facilidad de ejecución que proviene de una larga y eficaz práctica.

Varió el rumbo un tercio de microarco. Westaco, murmurando por lo bajo, salió de la cámara. Law, también, dio vuelta al regulador que encendería los cohetes tangenciales para obtener la deceleración necesaria. Redujo varias atmósferas en el cuadrante de presión espacial...

Luego, de soslayo, echó una ojeada al astro que resaltaba en la pantalla de exploración y cuya masa avanzaba al encuentro de la nave tan vertiginosamente como en una proyección fílmica superveloz.

Ceres. El mayor planetóide del Reino de los Enanos.

Sin poderlo evitar, tal vez por subconsciente asociación de ideas, pensó en el increíble mundo que dentro de pocos segundos volvería a visitar para entregar al siempre impaciente Mark Pellis el rico envío facturado en Marte.

Con sus 710 kilómetros de diámetro podía considerarse, en justicia, un pequeño mastodonte entre los cuerpos de su clase. Law recordaba las teorías que durante siglos se sustentaron respecto a los planetoides. Los astrofísicos no suponían que pudieran existir rastros de atmósfera y de líquidos. Basaban la teoría en el hecho de que la gravedad, a causa de su masa reducida, no bastaba para retener ambas cosas. El calor que llegaba procedente del lejano Sol tampoco alcanzaba a ser absorbido, irradiándose rápidamente.

Error. La Era Galáctica rebatió hipótesis y echó por los suelos miles de creencias parecidas.

La Era, en realidad, dio al traste con los principios de la lógica.

Acaso porque la lógica no impera en el espacio. Ahora lo sabían bien.

En algunos fundamentos, sin embargo, no se equivocaron los científicos de la Era Interplanetaria. Muchos de los estudios, utilizando como nervio el telescopio electrónico y los análisis espectroscópicos, demostraron sorprendente exactitud. En Ceres, por ejemplo, el peso de un ser humano no rebasaba los 4 kilogramos. Ello se sabía desde tiempo atrás. Y esto originaba una de las más raras sensaciones que el Hombre es capaz de experimentar.

La casi ausencia de peso tuvo que ser contrarrestada mediante equipos adecuados. En otros planetoides —los de cientos de metros de diámetro— ello llegó a producir grandes problemas. Hasta el punto que la falta de gravedad impedía que cualquier objeto lograra ser asentado sobre la superficie.

El impulso físico de un hombre bastaba para elevarle a enorme altura. Aunque la caída se completaba lentísimamente, el riesgo de lesión quedaba invalidado ante la desastrosa perspectiva de sentirse condenado a vagar por el vacío entretanto no recibiese la providencial ayuda de las patrullas de rescate espacial.

La palpable cercanía de Ceres, grandiosamente reflejado en la pantalla, impedía que Law contemplase los miles de hermanos asteroidales que salpicaban el sector. Pero sabía que estaban allí.

Conocía de memoria todos los nombres astrales del Cinturón: Euterpe, Antígona, Prisma, Centenaria... Y también los de los planetoides *machos* al estilo de Eros, Aquiles, Adonis, etc., etc.<sup>3</sup>.

Lo mismo podía decir de las *familias*, aquellas curiosas agrupaciones como la Familia Flora (de 57 miembros); la Koronis (de 15 miembros); la Themis (de 25)... y tantos otros cuerpecillos gravitantes entre Marte y Júpiter.

Interesante y fantástico conglomerado espacial, que poseía mucho de privilegiado para el terrícola de hoy —el hombre galáctico— en yuxtaposición a la primitiva criatura de estudios teóricos y nula práctica. ¡Qué no hubiesen dado los personajes de antaño por verse ahora tripulando el carguero de la “Transpace Inc”!

En el fondo, Law reconocía que era un soñador. Un romántico sentimental. ¿Y por qué no? La Raza Humana no había perdido sus defectos y virtudes de siempre. Consustancialmente, el hombre jamás dejaría de ser aquello para lo que fue creado por el Sumo Hacedor de *todos los todos*. Aparte...

Bueno... Ceres estaba ya demasiado encima para continuar las íntimas reflexiones.

Law, mecánicamente, maniobró y traspasó la tenue capa atmosférica del planeta. El bólido de plata perdió velocidad y se detuvo, inmóvil, sobre la corteza agrietada del mundo en miniatura. Pidió, por telerradio, la autorización legal de descenso.

Desde el Asterodirectorio del coheteródromo civil le concedieron permiso. Soltó el cociente de antigravedad y cortó la energía de los motores. Silencio. Ese silencio inverosímil del Cosmos.

Descendían. Cayeron, muy lentos, y la nave se posó en la pista muelle del coheteródromo, sin una sacudida. Feliz toma de superficie. De algo tiene que valer ser un experto espacio-piloto.

—¿Listos para salir, Dale? —preguntó a su camarada, utilizando el *intercom*.

—Hace un siglo que espero —fue la respuesta.

—Bien, no gruñas. Enseguida me reúno contigo, zanahoria.

—Law... ¡un día te voy a aplastar la nariz!

—¿Por qué? —inquirió, mirando risueño el enfurecido rostro que ocupaba la iluminada pantalla.

—¡No me gusta eso de *zanahoria*!

—Muy bien, zanahoria. Procuraré no volver a llamarte zanahoria...

—¡Law!

—Ten una milésima de calma. Ya bajo.

Así es la existencia de los espacio-navegantes. Un poco de broma y un mucho de riesgo. Lawrence Baxter y Dale Westaco, llegados por enésima vez al sector asteroidal, lo sabían hasta la saciedad.

Ahora, tras las penurias, entrarían de lleno en la fase de diversión. La cura más eficaz contra una posible afección por *espaciolisis*. Después... otra vez al carguero, al panorama de las estrellas y a la ruta del silencio indescriptible.

La vida, amigos. Cualquier profesión es buena con tal de ganarse el sustento.



## CAPÍTULO II

### Incierto futuro

Bien equipados, cerrados herméticamente y pisando con pesadez a causa de las botas gravitoriales imprescindibles para obtener peso extra en el sorprendente suelo planetoidal, los dos camaradas accionaron la escotilla grande y descendieron a la pista del cohetódromo. Al fin, tierra bajo los pies.

Tenían visita. Una visita familiar en todos los *puertos* del espacio donde ondeaba la tetracolor bandera adoptada por los países galácticos que integran la poderosa Confederación Terrestre.

Un comité de recepción compuesto por seis miembros, los cuales vestían equipos blancos y calaban cascos tetracolores. Avanzaban hacia ellos. Oficiales de entrada, fiscales de mercancía, un revisor de rutas y los inspectores terapéuticos. Dicho en otras palabras: censores de la Ley dispuestos a comprobar su identidad, documentación, carga y organismos limpios de cualquier germen nocivo.

El encuentro reglamentario se produjo al pie de la escala. Law había tenido tiempo de echar una ojeada en torno. Nada sufrió variación desde el último viaje.

Torres, compactos centrífugos para descender al subsuelo habitado, polvaredas de gases innobles movilizados por las variaciones térmicas y charcas de amoníaco humoso allá a lo lejos, en los límites del campo, cabe las cordilleras erosionadas del casquete de Ceres. El planetoide seguía tan inalterable como un fragmento de selenio al baño de flúor.

La entrevista sería breve. Pura fórmula. Y silenciosa.

El sonido no se propaga en el espacio sin aire. Iban a entenderse en *gercósmico*, el idioma oficial de los vacíos sidéricos. Pero sin articular golpes acústicos. Por pulsación lumínica.

Law oprimió el resorte del liviano aparatito adaptado a su mano enguantada. Era un *parlolux* de tipo económico.

La clave videotelegráfica se obligaba a aprender desde la primera enseñanza. Los destellos hilvanarían palabras y las palabras formarían las frases del *gercósmico*.

El multivibrador electrónico encendió el dispositivo. Empezó la charla mediante destellos.

—Servicio de Inspección —parpadeó el *parlolux* del oficial de entrada—. Muestren su documentación.

—Tarjetas de identidad del piloto Westaco y del piloto Baxter, terrícolas —enumeró Law, al tiempo que Dale, sin descomponer su

expresión adusta, tendía los documentos para el obligado examen—. Hoja de ruta. Permiso de espacio-transporte en el sector

Marte-Júpiter, con escala autorizada en el Cinturón de planetoides. Carta de embarque. Carta de descarga. Visado de mercancía. Certificado médico de buena salud...

Lo de costumbre. Puro trámite.

La revisión duró alrededor de cinco minutos, tiempo durante el cual los *parloluxs* preguntaron y respondieron sistemáticamente. Law acababa de localizar al inquieto Pellis, un cincuentenario rechoncho y cabezón.

Se encontraba junto a los barracones contruidos con fibra de telurio cementado al hidrógeno neutro, detrás de la barrera de aislación. Esperaba con verdadero anhelo que acabasen las formalidades.

—Todo en regla —declaró el oficial por último—. Permitan al fiscal de mercancías que reconozca el envío.

—Permitido —repuso Law—. Mi socio le acompañará. ¿Ha terminado la recepción?

—Sí.

—Voy a saludar al destinatario.

—¿Es esta escala el fin del viaje?

—Puede decirse que sí.

—¿Cuánto tiempo permanecerán en Ceres?

—Horas. Llevamos diez toneladas de productos mecánicos para la capital del Grupo de Hilda. Ése es el término del transporte.

—Gracias, piloto Baxter.

—A ustedes. Acompaña al fiscal, Dale. Cuando terminéis, reúnete con nosotros al otro lado de la barrera. Pellis nos dirá si quiere que descarguemos en el acto, o lo dejamos para más tarde.

Westaco sacudió la cabeza afirmativamente dentro de su yelmo vítreo. El fiscal tomó un comprobador automático de géneros diversos y se acercó al pelirrojo. Juntos, regresaron a la astronave de carga.

Law anduvo, pausado, hacia Mark Pellis.

—¡Hola, muchacho! —telegrafió lumínicamente el *parlolux* de Pellis.

—¡Hola! Hemos llegado —contestó Law.

—¿Qué le ha pasado a tu vieja acémila de plata? Habéis tardado horrores. ¡Ya estaba impaciente!

—No me extraña, Mark. Usted es un hombre que nació con alma de cohete y revienta deprisa. Pero hemos sido puntuales. Más que el viaje anterior.

—¿Cómo se encuentran los fermentos?

—En estado de hibernación.

—¡Oh, no! Me refiero a su aspecto.

—Inmejorable. Podrá reactivarlos con una simple pila solar y recogerá los mejores cultivos de Ceres dentro de pocas semanas. A propósito: Una pregunta. ¿Para qué necesita tres toneladas de fermentos hidropónicos? Cubrirá con ellos toda la extensión del planetoide.

—Hay otros mundos interesados en el cultivo. Vamos a iniciar la explotación en gran escala. ¿Los trajiste tal y como te pedí?

—Desde luego. Fermentos terrestres de primera calidad. Por cierto... que he perdido una buena cantidad de dinero, Mark. ¡Lástima de negocio! En Marte me los pagaban al doble de su valor...

—Firmamos un contrato.

—Ya lo sé. Y me atengo a él. La prueba es que los fermentos han venido a Ceres en lugar de quedarse en Marte.

—Buen chico. Mira, Law. El pelirrojo se está despidiendo del fiscal.

—Celebro que hayan sido rápidos. ¿Qué hay de la descarga?—

—¡Vaya pregunta! ¿Nos has traído tus hombrecillos metálicos?

—Sí.

—Pues... ¡abajo con la mercancía! Tengo cuatro vehículos esperando en el subsuelo, junto al terminal de los compactos centrífugos.

—Conforme. Nos veremos más tarde.

—No nos despedimos aún... Me espero a vigilar la mercancía. ¡Tratadla con sumo cuidado, por Dios!

—Mis *robots* son capaces de transportar un vaso de agua sin derramar ni una gota.

Dale Westaco llegó entonces, y saludó a Pellis agitando su manaza derecha.

—¿Novedades? —pareció preguntar con el aleteo de párpados.

—Ninguna —*parlolué* Law—. A descargar. Andando, en busca de los servomecanismos. El viejo tiene prisa.

—Sí —agregó Pellis—. Cuando antes, mejor.

Westaco puso cara agria, dio media vuelta y reemprendió, por segunda vez, el camino hacia la astronave adornada con el gran rótulo “Transpace Inc”.

Asunto concluido. Las tres toneladas de fermentos hidropónicos descansaban ya, cuidadosamente clasificadas, en la gran nave-almacén de Mark Pellis.

El pelotón mecánico —seis *robots* autocontrolados de clase B— cumplió infatigablemente su misión de acarreadores. La nave plateada, encerrada por el momento en un sub-hangar del coheteródromo, sería sometida a un repaso general por la cuadrilla del espaciotaller.

Law Baxter y Dale Westaco, cara a cara en su habitación alquilada

para pasar la noche, se repartían las ganancias.

—No ha estado mal —comentó el joven—. Hemos salido casi a ochocientos.

—¿Qué me dices del próximo viaje, Law?

El aludido recogió su montón y aspiró una bocanada del oxígeno regulado que inundaba el cuarto, fluyendo desde los respiradores generales.

—Pellis no necesita más mercancía por ahora —dijo.

—Perdemos un cliente fijo.

—Otro saldrá.

Westaco se pasó la mano por los ariscos y rojos cabellos.

—Eso significa... que vamos a irnos de vacío.

—Siempre lo hacemos, Dale...

—¡Oh, no te las des de ingenuo! —protestó, cáustico—. Claro que siempre regresamos con la bodega vacía; pero, otras veces, contamos con nuevos pedidos. Ahora, en cambio...

—No te inquietes. Sobra trabajo en el Cosmos para personas de nuestra profesión. Acaso Beyonde haya suscrito un par de pólizas y nos está aguardando abundante mercancía en Marte. Por lo pronto, no deseo preocuparme anticipadamente. Cada cosa a su tiempo. Llevaremos las máquinas al Grupo de Hilda y regresaremos a la oficina...

—... con las manos limpias.

—No. Con algunas ganancias como las que acabamos de repartir. ¿Quieres no ser pesimista, zanahoria?

Dale no se enojó como era costumbre. Su rostro salpicado de pecas oscuras permanecía serio, pensativo. Mirando el fajo de billetes que Law acababa de entregarle, recordó:

—Con esto no podremos pagar ni el combustible para otro viaje —hizo una pausa—. Lo sabes tan bien como yo. Necesitamos trabajo, Law. Busca algo antes de terminar el recorrido. Tú entiendes de esas cosas.

—Oye —Law dobló los billetes y los guardó en un bolsillo, corriendo la cremallera de seguridad—. No me amargues la noche, por favor. Hasta hoy nos hemos defendido bien, ¿es cierto?

—Es cierto; pero...

—Conforme. Algo saldrá de aquí al momento de regresar. Esto no es la Tierra. Allá existe mucha competencia y las sociedades modestas como "Transpace Inc" se hunden de la noche a la mañana. Nuestra jurisdicción navegatoria abarca un sector multipoblado por mundillos habitados donde siempre hay algo que traer. Los asteroides serán un filón durante algunos siglos... y aquí operamos nosotros, ansiosos por ganas de explotarlo. No es ésta la primera vez, ni será la última, que regresamos a la base de Marte con la nave vacía. Muy bien —se

encogió de hombros—. Allí volveremos a encontrar mercancía para transportar. Tú no ignoras que las ciudades de los planetoides están todavía en formación. Sus habitantes seguirán necesitando muebles, provisiones, medicamentos, semillas, vestidos, productos... ¡de todo!

—No lo ignoro, Law.

—¿Entonces...? —sonrió y le restregó la palma de la mano por los cabellos, revolviéndoselos—. Alégrate, zanahoria. Papá Law aún no ha perdido la confianza en sí mismo ni la fe en “Transpace Inc”.

—Me siento deprimido, lo confieso. Quizá a ello se debe mi mal humor.

—No. Es la soledad. Hay que sacudírsela de encima inmediatamente... y disponemos de dinero para ello. ¡A divertirnos, Dale!

—Temo que no sea sólo cuestión de aburrimiento. Oye, Law: No me gusta pensar demasiado en el futuro, ya me conoces. En nuestra profesión, es bastante risible inquietarse por lo que ha de llegar o hacer planes a larga distancia. Nunca se sabe en qué momento estallarán los cohetes, convirtiéndonos en partículas siderales, o dejarán de marchar, aislándonos en medio del Cosmos, acaso lejos de las rutas comerciales. Claro que esto es un peligro menor. Están los meteoritos errantes, el polvo estelar, las colisiones imprevistas... —torció la boca, meditativo—. Con ello sólo quiero darte a entender que el futuro de un espacio-piloto es algo que apenas cuenta. Vivimos hoy. El más actual de los presentes. Y creo que si logramos alcanzar un poco de felicidad, es porque en ocasiones nos olvidamos del mañana...

—¿Por qué das tantos rodeos? Habla claro, muchacho.

—Lo diré en dos palabras: necesitamos trabajo.

—Gracias por ahorrar tiempo. Además, no lo suponía.

—Sin bromas, Law. Esto es serio. Nos unimos para formar la sociedad. Recuerdo bien nuestras ilusiones al amontonar los capitales de que disponíamos y adquirir la nave a medio uso, así como los *robots*. Creíamos que el espacio caería rendido a nuestros pies con sólo colocar un movorrótulo en la fachada de la oficina... Pero lo cierto es que vamos renqueando desde el primer día. No puedes negarlo.

—No lo niego, Dale. Pero nos sostenemos. Siempre es mejor que irse a pique.

—Cuesta muchos sudores encontrar mercancía transportable. Escasea a ojos vistas. Los que tienen algo que enviar más allá de Marte, recurren a las compañías fuertes y acreditadas. ¿Quién nos confiaría un envío de uranio refinado? Nadie. Si ocurriera un accidente, lo perderían todo, porque ni siquiera poseemos depósitos bancarios para cubrir el seguro. No habría indemnización... ni explicaciones. Tú y yo desapareceríamos con la carga... Ningún recolector con dos dedos de frente se atrevería a...

—Un momento —interrumpió Law—. No veo claro a dónde quieres ir a parar. ¿Acaso me estás proponiendo que... que deshagamos la asociación?

—Bien —Dale Westaco suspiró—. No he propuesto nada... pero quizá convendría ir pensando en liquidar el negocio.

—¿Por qué?

—No marcha bien. Ni tú eres demasiado optimista, ni yo soy pesimista en extremo. Lo que ocurre es que ambos nos obstinamos en no ver la realidad. Acabamos de ganar ochocientos. Pero... ¿de veras los hemos *ganado*, Law? Haz cuentas. Piensa en el próximo viaje. Calcula los gastos. Y ahora —Dale irguió la cabeza—, ¿quieres decirme *dónde* está la ganancia?

Lawrence Baxter se levantó del asiento y dio varios pasos inciertos por la habitación. Luego, deteniéndose, miró a su compañero fijamente.

—No tengo intención de retenerte a mi lado contra tu voluntad —dijo—. Eres libre.

—Prefiero que no enfoques el asunto por el lado trágico, capitán. Lo único que pido es actividad extraordinaria. Emplea tus dotes de persuasión. Remueve cielo y tierra. ¡Lo que sea! Cuando descarguemos en el Grupo de Hilda... ¡busca un cliente a toda costa, Law! Creo que Beyonde nos habría comunicado ya por *cosmograma* la noticia, en el caso de contar con nuevas misiones.

—¿Por qué habría de molestarse y molestarnos?

—Porque conoce la situación tan bien como tú y como yo... Porque es un ex enfermo de *espaciolisis* y no le interesa perder el empleo de agente... Porque reza fervorosamente para que el trabajo no nos falte... ¡Por tantas razones! Apuesto mi ojo derecho a que en la oficina de Marte no existen ni dos facturaciones de media tonelada.

—Me disgustaría tener a un tuerto por compañero. Ya es bastante desgracia que seas pelirrojo...

—Envidio tu buen humor. De veras, Law. Creo que llevas dentro madera de héroe... o de loco. No sé. Debí estar borracho el día que se me ocurrió comprar la nave y asociarme con un tipo sin noción de la responsabilidad.

—Dudo que entonces lo estuvieras... pero espero que no tardes mucho en pasar por ese trance. He ahí el remedio que necesitamos. El espacio se nos ha metido en la cabeza y el abatimiento acabará por aplanarnos. Te invito a un trago... Vayamos a la *Estelar Tavern*.

—¿Y si dejáramos el trago para otro momento?

—¿Qué momento? En el Grupo de Hilda no encontrarás nada que se asemeje a la más mínima diversión. Aquello es un archipiélago moribundo.

—Prescindamos por esta vez de...

—¿Cómo...?

—Lo has oído. No nos vendría mal un poco de ahorro. Los virtuosos lo practican...

—Con poco éxito —Law rió contagiosamente—. Aclárame una cosa: ¿Deseas seguir a mi lado?

—Desde luego...

—Pues... ¡brindemos por la “Transpace Inc”! Hoy ha vuelto a nacer con pujante energía y renovada potencia. Verás las cosas bajo el prisma de la esperanza después de unos sorbos de whisky. ¡Ponte en pie y sonríe! Es el lema infalible de los vencedores.

—¿Somos nosotros vencedores?

—Sí, zanahoria. Invictos tripulantes del mejor carguero que cruza las rutas siderales. El éxito nos aguarda.

—Amén —rezongó Westaco.

En el corazón subterráneo de Ceres latía una ciudad espacial con ritmo y pulso de sangre nueva. Solo tenía un cuarto de siglo de existencia, aunque, visto su progresivo avance, no podía por menos que aventurarse un óptimo pronóstico.

En la Tierra, naturalmente, nadie hubiese llamado a Ceresville algo más halagador que pueblo.

Pero allí, en el Cinturón, las poblaciones del subsuelo establecidas en Ceres, Pallas, Vesta y Juno eran *grandes ciudades*. Law Baxter las conocía al dedillo.

Lo eran, en realidad, pese al ancestral desdén terrícola. Ciudades miniatura. Igual que vistas por los oculares de un viejo prismático puesto al revés. Poseían tal categoría por derecho propio.

Las calles, los edificios, hasta la protección cupular que aislaba el conglomerado urbanístico de cualquier peligro atmosférico, climatológico y cósmico, no tenían nada que envidiar a los grandes centros ciudadanos de Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Como en los planetas mayores —igualmente rodeados de atmósfera nociva— fueron instaladas en las entrañas, a cubierto de riesgos exteriores, perfectamente oxigenadas, soleadas y acondicionadas sintéticamente para convertirlas en asequibles al Hombre.

Incluso podían dar lecciones algunas de las pequeñas ciudades del Cinturón a los episódicos campamentos que con gran sacrificio se levantaban en Urano, Neptuno y el heladísimo Plutón. Aquello resultaba infame comparado con los pueblos cada día más extensos que nacían en los planetoides.

Law y Dale, paseando cordialmente por la Avenida Tierra —en cualquier rincón del Cosmos se encontraba una avenida dedicada al planeta eje del Universo— sintieron renacer su euforia ante la visión del tránsito, las tiendas profusamente iluminadas y el sonido de vida.

Vida de humanos y humanoides procedentes de mundos diversos. Vida que alentaba a la misma vida. Hombres y mujeres mezclados, confundidos. Amontonamiento de razas y especies.

Procurando apartar la idea de que se hallaban a millones de espaciomillas del mundo terrícola, casi lograban olvidar el vacío negro y sus terribles asechanzas. ¿Por qué no esforzarse en encontrar un adarme de dicha? Ponte de pie y sonríe... ¡Al diablo las tinieblas del incierto futuro!

Así pensaban, reconfortados, a los pocos minutos de abandonar la habitación de alquiler. Decididamente, lo que les hacía falta era una buena dosis de bullicio, de animación.

Sentir la calidez de las muchedumbres, el contacto directo con otros seres y, especialmente, ese denso abandono que proporciona el licor.

Y no lo harían por afán desordenado de desquite o vicio. Era *una cura* obligada, como Law decía, para justificar el dispendio. Una cura tan necesaria a los espacio-pilotos que casi podía compararse al oxígeno vital imprescindible para subsistir.

La *Estelar Tavern* —el mejor establecimiento de bebidas y diversiones en Ceresville— se hallaba situada casi al final de la Avenida Tierra, destacando poderosamente de cuantos comercios similares la rodeaban.

Porque había bastantes locales de parecida índole en el planetóide, ya que Ceres constituía una *parada* obligada en las rutas siderales, y cuantas naves se dirigían a Júpiter o a los astros situados detrás, se detenían para repostar, hacer acopio de provisiones o, simplemente, solazarse con un breve esparcimiento antes de proseguir el largo viaje.

El licor, el juego y los placeres más o menos lícitos abundan en los lugares nuevos; es decir, en aquellos que atraviesan por su etapa formativa. Así ha sido siempre, y la historia del género humano ofrece inúmeros ejemplos que lo atestiguan.

Los planetoides eran considerados *tierra de promisión* para muchos de los que hasta allí llegaban pletóricos de honrados anhelos, y escenario de aventuras para los apátridas, desterrados, especuladores y soldados de fortuna. Por ello, el vicio imperaba en todas sus fases, sugestivo, fácil y falto de control, igual que ocurrió antes en cualesquiera otros lugares de conquista.

En el famoso bar de Ceres se podía encontrar lo más inverosímil... siempre que el dinero anduviese por delante. Lo más viejo y lo más reciente. Lo vulgar y lo exótico. Alcohol, drogas prohibidas y mujeres de la raza que deseara el mayor exigente.

Alguna vez, la Policía espacial cribaba los reservados o la sala de juegos, realizando una de sus feroces *razzias*. Pero todo volvía a estar



igual que antes, o peor, a las pocas horas de cesar la batida.

Law y Dale entraron y, enseguida, sintieron contra el rostro el choque caliente de la atmósfera cargada de vahos, de humo de tabaco y de músicas excitantes.

Luz. Brillante colorido. Ruido, y frenesí de pasiones hozando contra pasiones. Candor y perversidad formando un combinado diabólico. Gentes. Rostros. Alegría...

Ambos, de mutuo acuerdo, avanzaron hacia el muchedumbroso mostrador de níquel incrustado en placas de coral y madreperla. Corría el licor. La amazotada clientela disfrutaba a sus anchas.

Tenían los ojos brillantes y la sonrisa bailaba en las bocas. Seguro que Lawrence Baxter y Dale Westaco no tardarían en olvidar la pesadumbre del incierto futuro.

Acababan de poner en práctica, a todo honor, la frase predilecta que caracterizaba su asociación: Ponte en pie y sonríe. ¡A divertirse!

## CAPÍTULO III

### Diversión

La fiesta empezó para los dos terrestres a base de *whisky* importado del mundo que los vio nacer. Licor excelente ciento por ciento. Elaborado por una marca acreditada y añeja.

La primera botella fue vaciada sin excesivos miramientos. La segunda duró unos minutos más. Cuando descorcharon la tercera, decidieron cambiar el incómodo mostrador por una mesa apartada que acababa de quedar libre.

Las piernas no mostraban síntomas de flaqueza, pero bajo sus pies, el suelo había adquirido ya esa blandura algodonesa que tanto recuerda a la ingravidez, y es sinónimo de que el alcohol almacenado en el estómago envía ininterrumpidos vapores al cerebro, turbándolo con la dicha fugaz de la semiembriaguez.

Mitigado el inicial golpe de sed —en la astronave se habían prohibido de común acuerdo los licores—, más calmados y especialmente locuaces, se dedicaron a saborear el *whisky* a lentos sorbos. Ahora le encontraban todo su sibarítico deleite. ¡Ni siquiera parecía preocuparles la idea del mañana!

Efectivamente, el sistema no podía ser mejor para echar por la borda pesimismo e irritaciones. Westaco no era el mismo. Reía a carcajadas, gozando de la diversión. Se habría burlado altisonantemente del primer agorero con ánimo de recordarle sus propias palabras en el cuarto del hotel.

Dos muchachas terrícolas empleadas en la *Estelar Tavern* para hacer la vida agradable a los parroquianos, se unieron a la pareja. Charlaron, se gastaron bromas y dio principio la fase del champaña helado. Luego, entraron en el terreno de las confidencias.

La velada se hizo íntima y, como las chicas eran bonitas y conocían el oficio, bailaron envueltos en la neblina rosada de la pista.

Una sensación deliciosamente turbadora para los hombres que pasaban meses encerrados en la alada cárcel de plata, surcando el espacio moteado de astros opacos y fulgurantes constelaciones. Después, Westaco propuso ocultarse del estruendo. Y se ocultaron.

La melancolía, la tristeza y el peligro de contraer la cruel *espaciolisis* se hallaba por segundos más y más lejos de ellos. La depresión moral se esfumó en la nada. La noche prometía y apuraron el cáliz de la felicidad.

Cuando se despidieron de las *girls*, la clientela del establecimiento estaba mermada en sus tres cuartas partes. La música, tenue, sonaba

aún. La intención —esto es algo que jamás podría negarse— era dar media vuelta y retirarse al aposento para descansar. Hasta llegaron cerca de la puerta de salida.

Pero el firme propósito se esfumó como por ensalmo al descubrir el grupito de clientes que se introducía en el descensor rumbo al octavo subpiso, el paraíso de los alucinados.

Tuvieron la absurda certeza de que el cáliz de la felicidad aún no estaba suficientemente apurado. Dale rozó con el codo a su camarada. Ambos aparecían joviales, con las mejillas coloreadas y una chispa cómico-audaz bailoteando en las pupilas.

—¿Hace? —sugirió el pelirrojo tentadoramente.

—Ya sabes dónde van, ¿no?

—A la sala de juegos.. Creo que la suerte está con nosotros. Vuelvo a ver la vida de color de rosa. ¿Y si probáramos?

—Por mí... no hay inconveniente, Dale. Piensa en el futuro.

—¡Oh, el futuro! Tendremos tiempo en el viaje de vuelta. ¿A qué esperamos? ¡Ceres es nuestro!

Se habían lanzado por el camino de la diversión. De hecho, rodaban pendiente abajo, adquiriendo velocidad, y no iba a ser fácil que alguien los frenase... hasta recibir el primer tropezón serio. El espacio obsequia con estas malas pasadas a sus habituales viajeros, inyectándoles voraces ansias de revancha cuando, al fin, recalcan en los centros habitados.

El descensor los trasladó al subpiso ocho, donde, nada más franquear el umbral tachonado de estrellas de platino, respiraron el cargado ambiente del vicio.

Era como una corriente indefinible que entraba por los ojos, recorría las arterias y transmitía inquieto fuego al corazón.

Medio centenar de personas ocupaba el lujoso salón. Las mesas de juego se veían distribuidas estratégicamente. Bellísimas camareras de piel teñida de azul ofrecían licores, cigarrillos y dulces. Las voces de los empleados cantaban posturas, valores y premios.

Allí se jugaba a todo lo conocido. A lo viejo y siempre eterno; o a lo moderno y poco difundido. Ruleta, bacarat, faro, monte, *marciano ciego*, lotería, *terrajup*, puja negra, damero de azar, copo, *fidelio*, cuarenta y cuatro, simple o doble, *la gallina*, bridge...

—¿Cuál prefieres? —preguntó Westaco con la mirada ávida.

—Sé jugar a cualquier cosa en la que se empleen fichas, cartas, dados o figuras.

—Muy bien, Law. ¿Qué tal el viejo póker?

—Te gusta defender el *pot*, ¿eh?

—Sé hacerlo. Hasta con simples *faroles*. No creo que en Ceres puedan darnos lecciones... si tú y yo nos ponemos de acuerdo.

—Ceres es un islote infernal, te prevengo. Pero... adelante.

Busquemos un *póker* donde se puje alto.

—Eso es, Law. Muy alto. Un pellizco nos vendría como anillo al dedo. Sería igual que admitir un socio capitalista para dar vigor a “Transpace Inc”. Un socio... con el que no habrá que repartir dividendos.

—Vamos. La diversión te vuelve iluso, zanahoria.

No estaban borrachos. Su capacidad de resistencia ante el alcohol era algo quimérico e increíble. Law y Dale podían pasarse el día trasegando licor sin que los efectos los hiciesen rodar por el suelo.

Pero, en honor a la verdad, tampoco podía decirse de ellos que la claridad iluminase su cerebro. Sólo de esta forma resultaba disculpable la ilusión de suponer que en la *Estelar Tavern* redondearían un capitalito practicando el antiquísimo juego de *póker*.

Allí, precisamente allí, donde la hez social que rodaba de astro en astro se enfrentaba diariamente con los expertísimos *gamblers* de la casa<sup>4</sup>. Allí, donde los bajos fondos del espacio encontraban su mejor cubil. En aquella timba abierta noche y día, salpicada por el río del dinero que corría, tintineando, de mesa en mesa.

Seis eran las partidas de *póker* que se estaban jugando. Eligieron la que parecía más interesante y pidieron sitio. El banca solicitó autorización. Fueron admitidos sin reservas por el trío de demacrados jugadores.

Law cambió cuatro billetes de cien. Dale hizo lo propio. Recibieron fichas y cartas.

Una camarera esbelta y dulce les sirvió *bromal*, una bebida no alcohólica obsequio de la casa. La partida reanudó su ritmo al instante.

Una hora después, Law solo tenía ante sí cuatro fichas y Dale, irritándose por instantes, sacó dos billetes más de su bolsillo. Cambiaron.

Ahora fumaban sin interrupción y bebían ginebra mezclada con ron. *Fulminador*, era el nombre de la combinación. Claro, que no existía en el mundo nada líquido capaz de fulminar al par de aventureros dedicados al negocio de espacio-transporte.

—La suerte —gruñó Law— nos vuelve la espalda.

Cierto. Ella —¡oh, veleidosa suerte!— se regodeaba esquivándoles. ¡Y de qué modo! No ligaban nada digno y, si alguna vez sonaba la flauta, el juego de sus adversarios resultaba mejor. Se defendían panza arriba, con escaso éxito.

Sin el *whisky*, el champaña, las chicas de antes y los repetidos *fulminadores* de ahora, Baxter y Westaco hubiesen arrojado los naipes sobre el tapete, renunciando a la partida. Pero dentro del cuerpo llevaban todo aquello y, además, necesitaban ineludiblemente recuperar lo perdido. ¡Se estaban comiendo la “Transpace Inc” a cada

descarte!

En el transcurso de la partida variaron un par de veces de baraja. La primera fue a indicación del *banca*, por considerar los naipes excesivamente manoseados. La segunda, a solicitud de Law, cuyos escrutadores ojos no se apartaban de las velocísimas manos del jugador profesional que representaba a la timba. ¡Eran relámpagos barajando, sirviendo y recogiendo posturas!

La certeza de que existía un *punto* en la mesa hacía rato que se clavó en su mente. No era lógica —ni siquiera tratándose de un juego de azar— la sistemática mala suerte. Avezado como estaba en estas lides, y teniendo de su parte un compañero ducho para que añadiese picante a sus *faroles*, Law encontraba inexplicable su absoluta falta de fortuna.

Bueno... En realidad, existía una explicación. Y la explicación, naturalmente, se reducía a lo más vulgar: *trampas*.

La media hora siguiente fue de verdadera prueba para ambos. Habían llegado ya a la total certeza de sus sospechas y Law redondeaba su teoría. En la mesa se practicaba una combinación cuya piedra angular dirigía el *banca* secundado por el *punto*. ¿Cuál de los tres adversarios sería el tramposo?

Su innegable habilidad no dejaba resquicio a la averiguación. Y el objetivo saltaba a la vista: Pretendían desplumarles.

—Juegan sucio —musitó Law mientras se recogían las posturas de la última *mano*, al tiempo que fingía sorber el licor de su vaso.

—Ya lo he advertido —replicó Dale de igual modo—. Nos han pillado de incautos.

—Muy propio de Ceres. Pero no estoy dispuesto a perder nada más.

—Ni yo.

—Abre los ojos. Voy a armar un escándalo a la primera cochinada que descubra.

—Cuenta conmigo. Ardo de impaciencia, Law.

La susurrante conversación apenas les invirtió medio minuto. Cosa decidida. En la *Estelar Tavern* ignoraban con quiénes se veían las caras.

Siguieron perdiendo o ganando con variante fortuna. Aunque las pérdidas superaban siempre. Ahora, a conciencia. Quince minutos después, crispado el rostro y tensos los músculos, Law recibió un *full* de dadas. Tres reyes y dos ases. El de trébol y el de corazones. Dale también parecía poseer buen juego.

La postura fue abierta por el mano con una ficha de veinte. Los que entraran en la partida tendrían que abrir con otra ficha de veinte, o su equivalente en piezas menores.

Solo uno de los componentes se retiró. Así, pues, quedaron en pie

el *banca* del tugurio, dos jugadores, Law y el pelirrojo. *Póker* de cinco. El número ideal para llegar a cifras astronómicas.

—Cartas —pidió uno.

Mientras las servían, Law meditó velozmente. Tuvo la sospecha de que *ahora* le tocaba ganar. En sus manos atesoraba un *full* de reyes, complementado con dos ases. Demasiado bonito. Ciertamente, podía considerar los valores como satisfactorios... de no estar avisado por su instinto.

Si los naipes ofrecidos de dadas habían sido preparados en combinación con el *punto*, resultaría lógico suponer que se considerara servido. Las pujas no irían muy altas. Ello demostraría a los tramposos que, en efecto, el *full* colmaba sus aspiraciones. Decidió chasquearles y elevar el *pot*. Ello les excitaría la codicia.

—Hecho —dijo Westaco entonces.

—Usted pide, señor —recordó el *banca*, ante el silencio de Law.

Si se descartaba, podían ocurrir dos cosas: Que desperdiciase estúpidamente el apetitoso *full*... o que aumentase sus valores. En cualquiera de los dos casos, sembraría el desconcierto y desbarataría la combinación.

Los tramposos cuentan siempre con un elevado factor previsto y un diez por ciento de imprevisión en contra. Conforme. Iba a darles el porcentaje de imprevisión.

—Déme dos —respondió, desprendiéndose de la pareja de ases.

Sus ojos agudos miraron al inescrutable *gambler*, quien arrojó ágilmente los naipes sobre el tapete. Law los recogió y *pintó* los bordes. De soslayo, observó los descartes recién echados. ¡Solo había una carta!

Le asombró. ¡Inaudito! ¡Vaya agilidad de dedos! Él acababa de desprenderse de dos. Entonces vio claro el juego, aunque fingió abstraerse *pintando* lo recibido a cambio. Era gato viejo para dejarse engañar esta vez. Pujaría alto... ¡y saltaría la liebre!

La *pinta* afloró un nueve. Sin prisa, deleitándose, elevó la carta siguiente. ¡El rey de picas! Acababa de completar... ¡un *póker* de reyes! Buen descarte.

Procuró mantenerse inexpresivo. La suerte le sonreía. El trío que restaba tras el descarte pasaba ahora a convertirse en *póker* importante. Dedicó su atención a estudiar a los reunidos en torno a la mesa.

Vio un frunce nervioso en los labios del hombre colocado a su izquierda. Había *recibido*, como dicen los tahúres. Pero algo parecía no estar de acuerdo con sus deseos. ¿El *punto*? ¿Se trataba de él?

Tuvo la certeza de dar en el blanco. Pujaría directamente contra él.

—Veinte más —dijo el mano.

—Igualo, y subo diez —aceptó el siguiente.

—Bien —sonrió Westaco—. Pongo los treinta y aumento otros diez.

—Cien —cantó Law con perezosa entonación, arrollando a los apostantes—. Prefiero un poco de emoción... porque ésta va a ser mi última partida. Mañana madrugó.

—Ciento treinta —pujó el *punto*, intranquilo.

—Ciento cincuenta —añadió Law.

—Doscientos —insistió el hombre, codicioso.

—No tengo tantos... pero juego con mi *resto* total. ¿Lo admite?

Westaco y los otros dos contrincantes acababan de arrojar las cartas. Se retiraban, barridos. El *banca*, acaso por primera vez, denotó una cierta inquietud. Law y el *punto*, frente a frente, se miraron con frialdad.

—Lástima que no tenga más dinero —murmuró el *punto* por decir algo.

—Sí —sonrió Law—. Una pena. —Clavó los helados ojos en el tahúr, que empezaba a reunir los descartes, y ordenó—: No mezcle aún; la partida continúa.

—Es costumbre...

—No mezcle, he dicho. Creo que me gustaría examinar los descartes.

La petición encerraba mucho de ofensa. El ambiente se caldeó como bajo una enérgica descarga eléctrica.

—Le advierto, señor, que en Ceres nadie...

—Este juego se inventó en la Tierra... no en Ceres. Tengo derecho a ver los naipes que no entran en la partida —se volvió hacia el *punto*, duro—. Le concedo la oportunidad de retroceder. Aprovéchela.

—No le entiendo, amigo.

—A su gusto. Veamos los valores. Yo llevo *póker* de reyes. ¿Y usted?

Hubo un momento de tensión. De gran vacilación. El silencio pareció hacerse tan denso como el que imperaba en el espacio. El *punto* tragó saliva. Al fin, ocultando la ira, gruñó:

—Tengo escalera... de color. O real, si lo prefiere.

—Lo suponía —respondió Law ante el estupor general—. Extienda las cartas sobre el tapete...

—Pero... ¿Es que no se fía?

—¡Extiéndalas! ¡Vamos!

La voz de Law era un trueno horrísono. El hombre obedeció, cauto.

Su mirada se cruzó con la del *banca* y éste, presuroso, alargó la diestra para recuperar los descartes; pero el pelirrojo Dale, levantando su monumental personalidad, recordó:

—¡Quieto! ¡No mezcle los montones!

La escalera real estaba compuesta por: comodín, sota, reina, rey y as. Todo de corazones. Law acertó en sus prevenciones. *As de corazones*. ¡As de dadas!

Un hábil escamoteo sirvió para que el *banca* lo pasase al *punto* al inutilizar Law su *full* descartándose. ¡Una trampa del tiempo del revólver de seis tiros y la pólvora negra! ¡No se resignaron a perder el bocado cuando Law evidenció intenciones de pujar alto!

—¡Están borrachos! —gritó el tahúr, poniéndose en pie de un salto, y con la patente intención de atraer todas las miradas del salón—. ¡Váyanse a otro lugar antes de que...!

—¡Tramposo! —aulló Dale, todavía aturdido por la rapidez de los acontecimientos, pero seguro de que la razón pertenecía a su amigo.

—Le aconsejo que no arme alboroto —previno Law, sibilante—. Les he pillado a usted y a su *gancho* utilizando naipes de descarte para vencer mi...

—¡Protección! —rugió, de pronto, el jugador profesional, aplicando un rodillazo al tablero por debajo de la mesa—. ¡Son dos camorristas!

Una cascada de cartulinas, fichas, vasos y colillas de cigarrillos se desparramó por el suelo al ser volcada la mesa. ¡Estaban perdidos!

Law lo comprendió al instante, porque con el rápido vuelco se habían destruido las únicas pruebas a su favor que develaban los sucios manejos ejecutados para vaciarles los bolsillos. Logró descubrir la *combinación*... ¡pero de bien poco iba a servirles!

Fueron a la *Estelar Tavern* en busca de diversión... ¡y la tendrían copiosamente! ¡Cerdos tramposos! ¿Por qué se les ocurriría bajar al subpiso ocho? Saldrían de allí arruinados... ¡si salían!

—¡Larguémonos! —ordenó.

—Pero... —tartajó Dale, enfurecido—. ¡Si nos han robado, Law! ¡Les voy a hacer vomitar nuestro dinero a puñetazos!

Sí. Esto era lo peor de los planetoides. Hay demasiados tipos de presa para explotar a pocos bisoños. Los dos espacio-pilotos, pese a su veteranía, cayeron en el garlito igual que un par de inocentes pececillos.

Ahora —encima de lesionados en sus intereses— venía la parte más escabrosa del asunto. ¡*Protección*! había gritado el tahúr. Law sabía, por desdichada experiencia, lo que la sencilla palabra significaba.

En primer lugar, que nadie reconocería sus derechos. Y en segundo... ¡que iban a expulsarles por la vía expedita, igual que se acostumbra a hacer con los camorristas *verdaderos*!

—¡No me iré sin antes recobrar lo que nos han ganado con malas artes! —farfulló, irritadísimo, el pelirrojo.



—No seas terco. ¡Vámonos... o nos zurrarán!

Iban a zurrarles ya. La tormenta de golpes se les venía encima a toda velocidad.

Un par de tipos fornidos, que hasta el momento permanecieron afectando indiferencia como espectadores de la nutrida mesa de ruleta, avanzaban a paso de carga atraídos por la alarma que sembraban los gritos del *gambler*. Law reconoció sus ademanes al segundo.

Pero no resultaba fácil detener al mastodóntico Westaco cuando alguien ultrajaba su amor propio.

Y la innoble partida de *póker* era cuestión de amor propio para él.

Rugiendo de furor, dejó caer sus zarpas de plantígrado sobre los hombros del tahúr. Sin aparente esfuerzo, lo sacudió igual que un pelele, proyectándolo con terrible fuerza contra la lejana pared. ¡Salió disparado, sin rozar el suelo con los pies!

El grupo que jugaba al *fidelio* procuró apartarse de la trayectoria del bólico humano. Una explosión de piezas de marfil, acompañada de enorme estruendo, se produjo cuando el tahúr chocó contra la mesa. Los últimos rezagados, tropezando, cayeron en revuelto amasijo de cuerpos, fichas, muebles y botellería, lo mismo que en el viejo juego de bolos al deshacer la formación con la pelota. ¡En la *Estelar Tavern* conocerían los efectos de una buena gresca!

Law escuchó el fenomenal ruido, pero no se detuvo a contemplar los efectos de la entrada en acción de Westaco, porque los dos vapuleadores de oficio se hallaban a pocos metros de él.

Uno de ellos, terrorífico de aspecto por su musculatura, acababa de acoplar a los nudillos de la mano derecha un instrumento metálico de extraordinaria contundencia, que en la jerga de los garitos llamaban *cascahuesos*.

No disponía de tiempo para pensar. Convencido de lo irremediable de la situación, aceptó la pelea en las condiciones que el azar acababa de imponer.

De un puntapié rápido envió el asiento más próximo contra las piernas de la pareja de matones.

El del *cascahuesos* esquivó el obstáculo ágilmente. El otro tropezó de lleno y bailó sobre un pie, cojeando, frotándose la lastimada canilla.

Law tomó impulso, se inclinó hacia adelante y disparó un gancho en corto sobre el plexo solar del protector adornado con anillos metálicos.

¡Gppp...! Fue un golpe seco y profundo. El silbido del aire que el hombre almacenaba en los pulmones rozó tibiamente los oídos del espacio-piloto.

Antes de que la resistencia física operase el milagro de volverle

agresivo, movió la izquierda y le enderezó de un jab en la mandíbula cargado con varios quintales de nitrotolueno humano. La mole antes poderosa se derrumbó como un fardo. Ya no volvió a verle danzar durante el resto de la batalla.

—¡Protección! —gritó alguien—. ¡Reduzcan a esos salvajes!

Westaco atrapó a uno de los individuos derribados y lo alzó en vilo lo mismo que si se tratase de una brizna de paja. Cuatro o cinco matones más, fluyendo atropelladamente de todos los rincones, cargaban al galope para atacar a los irascibles clientes. El pelirrojo envió contra ellos el improvisado péndulo viviente, y los barrió literalmente del teatro de la lucha.

Entonces, ocurrió un fenómeno curioso.

El resto de los parroquianos, tal vez enardecidos por la fiebre de la pelea, decidieron tomar parte activa en la misma. La decisión debió ser unánime, porque el infierno se desencadenó, sin previo aviso, en el subpiso ocho.

La primera noticia que Law tuvo de ellos le pilló desprevenido. Acababa de eliminar al otro *protector* —el de la espinilla dolorida— mediante un veloz juego de brazos y una doble Nelson al cuello que le hizo aterrizar sobre la desierta mesa de faro, diez metros atrás. Un puñetazo descargado con pésima delicadeza en la parte baja de la nuca sirvió de advertencia.

—¡Uff! —rezongó.

Dando traspiés para no perder el equilibrio, cayó en brazos de un fibroso jupiteriano. Sabido es la potencia craneana que los distingue. Sin encomendarse a nadie, agitó la cabeza y le asestó un mazazo en plena frente. Law, aturdido, levantó una rodilla y le golpeó el estómago con toda la fuerza de que disponía. El jupiteriano cayó hecho un ovillo. Sus próximas digestiones se caracterizarían por la abundante acidez gástrica.

El ataque a traición y el cabezazo contribuyeron a semiadormecerle. Se sintió vagar de un lado a otro, dando bandazos.

Alguien le zancadilleó. Disparó un *crochet* con el filo de la mano derecha... y escuchó crujido de huesos. Luego, jadeando, cayó de bruces. El tiempo que permaneció tumbado le bastó para recuperar las debilitadas energías.

Otra vez de pie, viendo ante sus ojos un combate campal digno de la más repudiable taberna terrícola, buscó a Westaco con la mirada. Sabía que estaría en medio del mayor barullo. No se engañó.

Rodeado de luchadores, enviando cuerpos por los aires y sembrando destrozos con la celeridad de una trituradora, el pelirrojo se las entendía, él solo, con medio batallón.

—¡Vámonos de aquí, zanahoria del diablo! —gritó.

El escándalo ahogó su voz. Intentó avanzar hacia él. Un

hombrecillo, armado con la pata de una silla —única parte entera que quedaba de la misma— le salió al paso, haciéndole frente con ardor digno de mejor causa.

Law le sacudió un directo entre los ojos. El hombrecillo cayó debajo del bar supletorio... y allí debió quedar durmiendo una temporada.

—¡Westaco! —chilló desafortadamente—. ¡Larguémonos!

Alguien se colgó de su espalda. Era pesado y recio. Con las dos manos, al tiempo que arqueaba el torso, Law le atenazó por la garganta y se desembarazó de él aplastándole encima de una mesa. De la mesa, sólo quedaron astillas.

Otro puñetazo por detrás. Quizá era el tipo de antes, tan aficionado a ocultar la cara. Se revolvió.

Un humanoide de ojos estrábicos y boca esponjosa le atacó de costado. Law paró la acometida con el antebrazo izquierdo, mientras su puño derecho, gruñendo como un ariete, transformaba la boca en una mancha de sangre azulada.

Libre de enemigos por el momento, se dedicó a apartar obstáculos rudamente, tratando de abrir camino para llevarse a Westaco de aquel manicomio.

Buscaron un poco de diversión en Ceres, ¿eh? ¡Y vaya fiesta! ¡Sin dinero y magullados! Acaso les estaba bien empleado por no atender los razonamientos lógicos. El temor a la dichosa *espaciolisis* tuvo la culpa. Pero, de verdad, la diversión empezaba a resultar molesta.

Un racimo integrado por seres de diversas razas se sacudía golpes con feroz ahínco. Law rodeó el montón y, al hacerlo, tuvo que pasar junto a un terrícola esquelético, de mirada aviesa, que esgrimía una botella desfondada con el evidente propósito de hacerle un bonito tatuaje facial al primero que se pusiese a tiro. Law, a su pesar, se puso.

—¡Ven que te corte a rajitas, hermano —aulló alegremente.

Parecía un hampón del espacio. Uno de esos tipos sin oficio que traspasan la frontera en calidad de polizontes, colándose en una astronave cualquiera. No se limitaba a utilizar los puños, sino que pretendía algo más siniestro: dejar huellas indelebles. Marcar para siempre con la botella desfondada.

Law levantó la pierna izquierda. En los planetoides pueden hacerse excepcionalmente equilibrios debido a su escasa gravedad. La planta del pie golpeó la barbilla del granuja, que se tambaleó. La terrible arma vítrea, sin embargo, no escapó de su mano.

Llameantes los ojos y dura la línea de la boca, atacó apuntándole con el brazo tan recto como una lanza. Las aristas relumbraron ferozmente al recibir la intensa luz del salón. Law, hurtando el cuerpo, se escabulló de lado.

La finta pasó rozándole el pecho y desgarró un pedazo de su

equipo de tejido sintético. Incluso llegó a notar un cierto dolor a flor de piel, producido por el araño. Entonces, no estaba en situación de parar mientes en tales minucias. Lo que interesaba, lo más urgente, era salvar la comprometida situación con rapidez.

Al tiempo que el malvado terrícola cruzaba imparables al fallar el tajo, Law se apoderó de su brazo por arriba del codo. Presionó duramente los nervios superiores y, luego, ejecutó una torsión feroz. Su antagonista aulló quejumbrosamente.

Un golpe de plano, dado con el filo de la mano encima de las vértebras cervicales, acabó con todos sus malignos deseos. Puso los ojos en blanca, se doblaron sus rodillas y cayó a plomo, inconsciente. La botella se hizo añicos contra el suelo, esparciendo brillantísimas partículas en derredor.

Otro más fuera de combate. Law saltó por arriba del caído y perseveró en su avance.

Una pareja de espécimen trioculares, puestos de acuerdo, le atacaron al unísono. El joven unió sus cabezas en un experto encontronazo y el chasquido de los cráneos sonó a hueco. ¡Adelante! ¡Terreno despejado!

—¡Dale! —rugió, braceando contra la muchedumbre congregada en torno.

—¡Te echaba de menos, capitán! —sonrió el hercúleo pelirrojo sin dejar de mover los puños como aspas de molino—. ¡Ven a mi lado! ¡No se pierde golpe!

—¡Hay que poner pies en polvorosa! ¡Largo de aquí!

—¡Oh, no! —Westaco amorató un ojo a su contrincante más cercano—. ¡El ejercicio calma los nervios!

—¡Te he dicho que nos marchemos! ¡La Policía puede llegar y no me gustaría...!

—¡Cuidado! —avisó su amigo.

Law también había visto el peligro que se le echaba encima. Disparó un *uppercut* de refilón, y una nariz se aplastó salpicando sangre. Después, resollante, agarró a Dale por la oreja.

—¡A la calle!

—¡Eh! ¡Que me haces daño!

—Sígueme... ¡Y no seas zanahoria!

Envueltos por una lluvia de golpes que a duras penas lograban parar, se alejaron del maremágnun en que estaba convertida la lujosa sala de juegos.

Ni un ciclón hubiese causado tamaños estragos en tan corto tiempo. El mobiliario se veía desparramado por doquier, astillado, irreconocible. Naipes, fichas, dinero y vidrios alfombraban el suelo. Amén de las salpicaduras de sangre.

Antes de alcanzar el descensor, tuvieron que pelear salvajemente

para derribar la barrera de cuerpos que les atacaban sin orden ni concierto. Alguien golpeó a Westaco súbitamente, en plena cabeza. Utilizaba una cachiporra de material amortiguador, pero contundente.

El pelirrojo profirió un gemido y cayó en brazos de Law, quien evitó que se desplomase en tierra.

Sin soltar a su camarada, Law fulminó la barbilla del agresor con un derechazo demoledor. Lo último que vio antes de introducirse en la cabina —llevando a rastras al inerte Westaco— fue la cachiporra, falta de dueño, volando por el aire.

Tuvo que apoyar la espalda en la pared, jadeante, apenas oprimir el control de elevación. Volvían al nivel de superficie. ¡Basta de diversión por aquella noche!

Junto a la salida se congregaba una abundante multitud interesada por conocer noticias. A sus preguntas, Law contestó con gruñidos lacónicos. Cruzaron el bar y no tardaron en encontrarse en la calle, libres de ruidos, de riesgos y de conflictos posteriores.

Westaco, aunque torpe, andaba por su pie. Cinco minutos después, varios motovehículos policiales atronaron la Avenida Tierra cruzando la calzada velozmente en dirección a la *Estelar Tavern*. Impondrían orden sin contemplaciones. Los interrogatorios vendrían después, cuando hubiese bastantes cuerpos magullados y huesos rotos. Su salida resultó acertadamente providencial.

—¿Cómo va esa cabeza? —preguntó Law, al advertir que su amigo podía ya valerse por sus propios medios.

—Es... es dura —rezongó éste.

—¿Te has divertido bastante, zanahoria?

—¡No me lo recuerdes! ¡Y deja de llamarme zanahoria, Law...! Cochino pedrusco —masculló—. ¡Guardaré eterno recuerdo de esta famosa parada en Ceres!

### El grupo de Hilda

Ojerosos, todavía cansados y de pésimo humor, Law Baxter y Dale Westaco se personaron al día siguiente en el Asterodirectorio del coheteródromo.

Cumplieron las formalidades de partida y esperaron junto a la pista, hasta que el personal técnico sacó la astronave del subhangar para situarla en punto de lanzamiento.

El repaso general la había dejado como nueva. Brillante y pulida cual joya de plata. Hasta el rótulo, más desafiante que nunca, destacaba poderosamente en los costados. Lo peor fue, por supuesto, el pago de la factura. Dejó sus capitales en pleno tambaleo de derrumbamiento.

Antes de pasar al interior, cuando ascendían la escala que comunicaba con la escotilla central, dos oficiales de salida acudieron a despedirlos. Era un requisito de cortesía y, aunque los espacio-pilotos no profesaban ningún agradecimiento a Ceres por haberlos acogido en su seno la noche antes, contestaron a su saludo valiéndose de los destellos lumínicos del *parlolux*.

—¿Estuvieron en la *Estelar Tavern*? —interrogó uno de los oficiales.

—¿Por qué hace la pregunta? —contestó Law con el mismo código de pulsación.

—Simple curiosidad, piloto Baxter.

Law sonrió —una mueca fatigada más bien— y presionó el resorte del *parlolux*.

—No —fue la respuesta—. Nos acostamos temprano. ¿Ocurrió algo en el bar?

—Varios heridos y muchos contusionados. Una refriega de borrachos en la sala de juegos... Perdonen. Pensamos que tal vez podrían aportar datos, de haber concurrido al establecimiento. Se comenta que los promotores del disturbio fueron dos forasteros. Claro... que no hay nada cierto en los rumores. La Policía ha detenido a los sospechosos de costumbre.

—No —repitió Law—. Somos gente pacífica.

—Buen viaje. Y hasta pronto.

—Adiós.

Ésta fue la despedida. Ya dentro del carguero, Law accionó el resorte que correría sólidamente la escotilla y aseguró los cierres de doble presión.

Cumpliendo una labor rutinaria, los dos hombres se despojaron de los equipos de gravitación y anduvieron, cabizbajos, hacia el elevador que los trasladaría a la cámara direccional.

La diversión nocturna, superado el frenesí, los aplastaba igual que una ducha de mercurio y plomo derretido. Lamentaban de veras lo sucedido... máxime al recordar que sus bolsillos se hallaban casi vacíos. ¿Qué iba a ser del futuro con el que no se atrevieron a enfrentarse ni dialécticamente? Ahora ya no era cuestión de palabras o prevenciones. Tenían que aceptar la cruda realidad, y afrontarla sin paliativos.

Beyonde podía salvar la situación todavía... en el caso de que contase con algún nuevo cliente. De lo contrario, mal que les pesase, la “Transpace Inc” se precipitaría en la bancarrota. Aquella partida de póker constituyó la operación más ruinosa de toda su larga vida aventurera.

—Parece que las autoridades de Ceres —comentó Law mientras el elevador zumbaba camino de la cámara— tienen la mosca detrás de la oreja.

—Yo también —resopló Dale Westaco—. Aunque sólo soy un zanahoria... comprendo que esto puede ser el principio del fin. ¿No es cierto, Law?

—Confío en la suerte.

—¿Todavía? Ya viste que la tenemos de espaldas. Ni siquiera con la baraja...

—Hicieron trampas, Dale. Lo sabes tan bien como yo. Nos metimos, a sabiendas, en un antro de truhanes. Los jugadores de la casa se dedican a despellejar a cuantos llegan... especialmente si se les nota en la cara el ansia de ganar y disponen del dinero que tan estúpidamente mostramos nosotros. Creo que nos portamos como niños traviesos... y recibimos una merecida lección.

—Por mi parte, no pienso volver al desenfreno, Law. ¡Aunque pesque la *espaciolisis*, diablo!

—Bien... Celebro tus buenos propósitos. Quizá cambie el cariz de las cosas en el Grupo de Hilda.

—¿Allí? —Westaco se rascó las mejillas salpicadas de pecas y huellas de golpes—. ¡Bah! En aquellos guijarros celestes no hay oportunidad para nada. Descargaremos las máquinas... ¡y se acabó! ¿Qué ocurrirá cuando Beyonde nos vea llegar a Marte con las manos vacías?

—Supongo que se echará a llorar.

—¡Maldito sea este perro oficio! ¿Por qué se me ocurriría formar sociedad con un tipo como tú?

—Porque, en el fondo, me adoras, zanahoria.

—Sí, sí... —rezongó—. ¡Jamás vuelvas a hablarme de *curas* a base

de alcohol, placeres y gresca! ¡Es el peor sistema de todos, Law!

Su ánimo, efectivamente, estaba deprimido. Atravesaban por una crisis realmente desmoralizadora. La cosa no era para menos, desde luego, porque el porvenir se presentaba tan negro como el espacio cósmico que no tardarían en surcar raudamente.

Law se instaló en el sillón de mandos, mientras Dale, reflexivo y enfurruñado, prendía fuego a un cigarrillo. Abrió el contacto y el poderoso latido de la nave estremeció la colosal máquina.

Marcó impulsión inicial. Manejó el control de fuga gravitatoria. Dio potencia. Oprimió el electroténsico de puesta en marcha. Elevación. Disparo de lanzamiento...

Una roja lengua de fuego, que no tardó en transformarse en grueso chorro llameante, barrió las inmediaciones de la pista. Saltaron, de pronto, y traspasaron la tenue atmósfera planetoidal. El coheteródromo se perdió minúsculo, a lo lejos. Encendió la pantalla de exploración cósmica.

Negro espacio tachonado de astros. Otra vez en pleno Cinturón asteroidal.

Lejano —una pelotilla terrosa que se reducía asombrosamente de tamaño— fue distanciándose de Ceres, el mayor de los cuatro *gigantes* que formaban el desparramado Reino de los Enanos. Volaban rumbo al Grupo de Hilda, su próximo *puerto* e irremisible final del viaje emprendido en Marte.

Law Baxter definía siempre al Grupo de Hilda como un archipiélago sideral. Una pobre reunión de islotes asteroidales igualmente pobres.

Lo formaban media docena de astros, gravitantes muy próximos al planetoide central, donde radicaba Hilda, la capital. No constituían un grupo numeroso como las *familias*, ni tan importante como los asteroides *machos* y *hembras*. El diámetro de Hilda, emporium del sistema séxtuple, no excedía de varios miles de metros.

La superficie incultivable, caracterizada por una esterilidad sobrecohedora, se negaba a fructificar la más primaria semilla. El mísero suelo era, no obstante, rico en minerales. En Hilda existía una industria minera bastante floreciente y los productos mecánicos confiados a “Transpace Inc” ayudarían a incrementarla con rapidez.

Varias horas después, la astronave cruzó el sector orbital del Grupo, y enfiló directamente hacia la pequeña metrópoli.

Lo mejor de estos planetoides innominados residía en la circunstancia de su libertad. Allí no se precisaban de requisitos y otras zarandejas análogas para tomar superficie. En muchos aspectos, estos menudos astros aún se seguían considerando *tierra de nadie*.

Un inspector plenipotenciario de la Confederación Terrestre realizaba cortas visitas de tarde en tarde y anotaba las escasas



novedades ocurridas desde la inspección anterior. En los archipiélagos celestes como el de Hilda, es donde mayormente fructificaba el bandolerismo y el contrabando. Law lo sabía, y le molestaba pensar una cosa así, cuando realmente no venía a cuento.

Los cohetes tangenciales de gravedad artificial entraron en juego y, tras la deceleración graduada, el carguero plateado se posó en el basto terreno habilitado por la compañía minera como espaciopuerto de vigésimo orden.

Tres miembros de la misma, enviados en representación, les dieron la bienvenida. No fue cordial, aunque tampoco adusta. Simplemente, aceptaron con indiferencia la arribada de las máquinas. La gente que vive tan alejada de la civilización acaba dejándose influenciar por el inmenso espacio que los rodea, y se convierten en extraños ejemplos de la ya proverbial humana rareza.

Los servomecanismos descargaron, entregando las piezas desarmadas a sus homónimos autocontrolados propiedad de la compañía, los cuales se ocuparían de trasladarlas a las horadadas entrañas de Hilda. Fue una operación sin incidencias, monotonizada por la rutina.

Una hora más tarde, en el despacho del intendente Harper, cerraron el trato final.

—Cuatrocientos cincuenta era el precio convenido —dijo Harper, mirándolos fríamente desde el otro lado de la mesa—. Y cuatrocientos cincuenta les entrego. Cuéntenlos.

Law, sin prisa, se hizo cargo del fajo de billetes y pasó las uñas por los bordes, arrancándoles un sonido musical.

—Conforme —admitió.

—¿Ya los ha contado?

—Cuestión de práctica, señor Harper —guardó el dinero en un bolsillo y agregó—: ¿Necesitan algo más de “Transpace Inc”?

—No —repuso Harper—. Por el momento nada.

—Quizá un nuevo envío... —empezó Westaco.

—Estamos servidos, señores. Claro que, si nuevamente precisáramos de sus servicios, tendríamos mucho gusto en hacérselos saber —se puso de pie—. Ha sido un placer conocerles.

La frase sonaba a despedida. Law sonrió a medias y estrechó su mano, imitado por el pelirrojo. No deseaba que se le motejase de insistente, pero tampoco era su intención dejar sin apurar el menor recurso.

—Quisiera pedirle un favor, señor Harper —expuso antes de salir.

—Usted dirá, Baxter.

—Creo que habrán quedado satisfechos de nuestra forma de trabajar.

—Sí. Han sido ustedes formales —asintió el intendente con cierto

tacto.

—Entonces... no habrá inconveniente en recomendarnos a sus amistades.

—Ninguno.

—Compréndame, por favor. No es que tengamos especial empeño en transportar maquinarias, pero nuestra sociedad está empezando ahora... y nos gustaría contar con clientes fijos.

—Entendido. Me complace su sinceridad. Acaso pueda ayudarles.

—¿De veras? —exclamó Westaco.

—Acaso —repitió Harper—. Quédense algún tiempo en Hilda. Mañana les ofreceré una respuesta... o antes, si es posible. Sé de cierta persona muy importante que... que le interesa enviar sus productos a Callisto. ¿Conocen la ruta?

—Hemos estado en ese mismo satélite de Júpiter.

—Lo celebro, Baxter, Esperen mis noticias —hizo una pausa y, con suavidad, interrogó—: ¿Son ustedes muy exigentes en cuanto a los géneros que transportan?

—Pues... —indicó, dubitativo, Law.

—Queremos trabajar —interrumpió Westaco—. Usted pónganos en contacto con ese posible cliente... y ya nos entenderemos.

—Lo intentaré. Buenos días, caballeros.

—Adiós, señor Harper. Y gracias por la ayuda.

—No me las den. Aún no hay nada concreto.

Diez minutos después, silenciosos y meditabundos, abandonaron el complicado dédalo de galerías y perdieron de vista las extractoras articuladas que arrancaban mineral de la roca viva.

—Me siento vacío por dentro —murmuró Westaco antes de salir del subsuelo y caminar en dirección a la explanada convertida en ínfimo espaciopuerto—. Muy vacío, Law. Esto marcha mal. A menos que Harper nos consiga...

—Ese Harper no me gusta —atajó su amigo.

—¿No?

—No. Decididamente. Tiene aspecto de reptil.

—¿Y por qué no te gusta? ¿Puedo saberlo?

—Oye, Dale. Ignoro por qué causa... pero antes de tomar tierra, estuve pensando en los planetoides del tipo de Hilda. Siempre me produjeron mala impresión. Por si algo faltaba, Harper hizo una pregunta sospechosa. Yo, la verdad, sí soy exigente en lo que toca a los géneros de transporte.

—¿Crees que te pueden dar gato por liebre?

—¿Sería el primer caso?

—Supongo que no. Mas no estamos en condiciones de mostrar excesiva meticulosidad.

—Seguiré siendo meticuloso... aunque acabe pidiendo limosna.

—Law... ¡no empieces con remilgos! ¡Nos hallamos casi en la ruina!

—Peor sería terminar en la cárcel, ¿no?

—¿Apuestas algo a que tus prevenciones nos llevan a la quiebra total?

Law no apostó nada. Ni siquiera replicó.

La rampa por la que ascendían terminaba allí, aflorando del climatizado subsuelo a la superficie.

Y en la superficie, a no ser utilizando el *parlolux*, era imposible mantener conversaciones.

Cerraron los controles de sonido y regularon el aclimatador térmico del traje espacial para no sentir los rigores del exterior. Lentamente, moviéndose no obstante con notable facilidad, anduvieron por el desértico suelo, surcado de costurones geológicos, grietas de erosión y cráteres menores causados por el impacto seco de esporádicos meteoritos.

La superficie de Hilda era tan reducida que podía apreciarse en el horizonte la curvatura esferoidal del astro. En el firmamento sin aire que los envolvía, resaltaban los cinco hermanos restantes que formaban el grupo de planetoides. Dada su proximidad, parecían mucho mayores en comparación con los otros miles que flotaban en la pobladísima franja del Cinturón.

A pesar de que todavía se hallaban a dos o tres kilómetros de distancia, descubrieron fácilmente la espacionave de su propiedad, cuyo cono superior afloraba en la lejanía. Law efectuó el aterrizaje posándose sobre las aletas de popa, ya que de esta forma —sin necesidad de estabilización giroscópica— la partida se realizaría de forma rápida y directa.

Ignoraban entonces que en la espacionave les aguardaba una sorpresa.

Algo que ni remotamente se les habría ocurrido pensar. La sorpresa era una mujer. Y muy bella por cierto.

A medida que acortaban la distancia y la imponente mole plateada parecía emerger más y más del suelo, ambos descubrieron a la persona que, filosóficamente sentada al pie de la escala, los estaba aguardando.

Su equipo era en todo idéntico al que ellos lucían. Igualmente, la forma corpórea la delataba como terrícola. Un compatriota. Un exponente de la misma raza que invadió el Cosmos, lo colonizó y transformó los mundillos aparte en copias fieles de la Tierra.

Volvió la cabeza para mirarles. Su cabello rubio, recogido graciosamente, era demasiado abundante y ensortijado para pertenecer a un hombre. Ello, unido a la peculiar forma de incorporarse, contribuyó a que Law averiguase por anticipado que

correspondía al sexo opuesto. No se equivocó.

Dirigió una ojeada de soslayo a Westaco y apreció el leve rubor que coloreaba sus mejillas, acentuando las pecas. El pelirrojo constituía un ejemplar desconcertante por su timidez. El rubor indicaba que los pensamientos de ambos corrían parejos. Sí. Era una mujer.

El tejido sintético de su ajustado equipo se ceñía a las redondeces del cuerpo modelando una silueta joven, prodigiosamente armónica y atractiva. Los fulgores del estrellado cielo destellaban contra la materia vítrea del yelmo, impidiendo apreciar su rostro con detalle. En la mano derecha mantenía un *parlolux*. Sin duda, se proponía entablar relaciones clavelumínicas.

A unos cinco metros de distancia, teniendo como fondo la colosal astronave de carga, la muchacha levantó el brazo en señal de saludo. Law y Dale correspondieron de igual modo. El *parlolux* de ella teleparpadeó entonces:

—No me conocen. Pero deseo hablarles. ¿Me conceden unos minutos?

Los espacionautas continuaron aproximándose. Aquel maldito silencio cósmico representaba un inconveniente, y no pequeño. Law describió una cremallera y extrajo el menudo *parlolux* propio.

Mientras la observaba minuciosamente —ahora con nitidez— replicó por el mismo sistema de código interplanetario:

—Mi nombre es Lawrence Baxter. El hombre que me acompaña es Dale Westaco, mi socio. ¿En qué podemos servirla, señorita? El carguero está a su disposición para lo que desee transportar.

—No se trata de mercancía, señor Baxter. O mejor dicho: *Yo soy la mercancía*. Me llamo Ruth Morgan, terrícola igual que ustedes.

Era una contestación tan sorprendente como su propia presencia allí. Law y Dale acababan de llegar a su altura, y completaron el inaudible saludo mediante asentimientos de cabeza.

Ruth Morgan les sonreía a ambos. Fue la suya una de esas sonrisas que no resultaban fáciles de olvidar. Sencillamente fascinadora.

El rizado cabello rubio muy claro adornaba una frente tersa, engalanada por cejas finas, orejitas rosadas, naricilla algo altiva y un óvalo facial digno de la inmortalización artística. Sí. Realmente hermosa.

Los ojos azules, nimbados de largas pestañas, y la boca roja, de labios húmedos y sonrientes, causaron inmejorable efecto al par de vaguespacios. Con un rostro y una figura así, casi resultaba ofensivo que semejante portento estuviese enterrado en el planetoide Hilda. ¿Se habían terminado los caballeros en el Gran Espacio?

—Pasemos al interior —decidió Law—. A los humanos no nos

divierten las señales luminosas, porque el progreso jamás conseguirá sustituir el encanto de una conversación hablada.

—No quisiera molestarles en sus ocupaciones...

—Las hemos terminado por hoy. Entremos. Mi socio nos preparará una taza de café.

—Bien... Acepto. Gracias por su amabilidad.

Law accionó la escotilla y pasaron a la antecámara de la nave.

Cinco minutos después, sentados en torno a la mesa del reducido comedor que los amigos utilizaban en casos parecidos como gabinete de recepción, se despojaron de los pesados yelmos y calzado gravitorial.

Una autocafetera acababa de tostar, moler y hervir tres raciones de café venusiano —el más aromático del Universo— y lanzó sus pitidos de aviso para advertir que la infusión pasaba por los filtros.

Westaco, siempre ruboroso, lo vertió en las tazas de porcelana vanádica y ofreció la primera de ellas a Ruth Morgan, galante.

—Café para el ángel que habita este infierno —dijo.

—Gracias —sonrió ella.

Su voz era un encanto más. Acariciaba, y poseía un timbre de ternura inconfundible. Las perfectas modulaciones atestiguaban su cultura. Se trataba —Law presumía de certero psicólogo— de una muchacha sólidamente instruida y poseedora de amplio bagaje universitario. Ello saltaba a la vista.

Libre del yelmo, y ahuecados los rubios cabellos, un perfume paradisiaco se esparció por la estancia, emanando de su persona toda. Sales perfumadas. Desde que entraron, no habían vuelto a tratar el tema que la trajo allí. Ahora, pasada la tirantez del primer contacto, el piloto decidió que convenía recuperar el hilo de la conversación.

Por más que se esforzase, no lograba relacionar la presencia de Ruth Morgan con el yermo y distinto Grupo de Hilda. Allí había misterio. Sus dotes de psicólogo le aconsejaban andarse con cautela.

—¿Le gusta nuestro pequeño mundo volante, señorita Morgan? —dijo.

—Sí. Tienen cuanto necesitan y además, algo incomparable para el terrícola: libertad de movimientos. Eso no puede pagarse con dinero.

—Cierto —rió Westaco antes de llevarse la taza a los labios—. Somos igual que pájaros del más inmenso jardín que existe.

—Pero no crea que viajamos por placer —agregó Law—. Este oficio no se lo aconsejaría ni a mi peor enemigo. Al final, acaba uno por olvidarse de que existe el tibio Sol de los atardeceres terrestres, la caricia del agua salada en las playas y la emoción del alpinismo en las cumbres nevadas. Como la Tierra no hay nada, señorita Morgan. Ojalá nuestro comercio pudiera ser ejercido en torno al Globo que nos vio

nacer. La nostalgia se clava en el alma y termina por hacer añorar el regreso al viejo planeta.

—Es verdad —Ruth se humedeció los rojos labios en el café—. Todo un verídico poema para los desterrados de la Tierra. Y esa añoranza acaba convirtiéndose en imperdonable enfermedad. Conozco bien los efectos. Por experiencia.

—Acaso me tilde de curioso —repuso Law—. No lo soy... más que cualquier otro mortal. Pero me intrigó su presencia en Hilda desde el primer momento que la vi. Ignoro por qué... aunque creo que no resulta lógica. Usted es demasiado bonita para permanecer en esta roca forrada de mineral.

Ruth parpadeó. Un aleteo de pestañas cautivador. Envolviendo a Law con la pureza diáfana de sus ojos azules, contestó:

—Sospecho que me ha llamado bonita sin mala intención, señor Baxter,

—Desde luego.

—Odio esa expresión.

—Le suplico que me perdone si he cometido la torpeza de ofenderla...

—Perdonado —depositó la taza encima del platillo—. He oído muchas veces esas palabras en boca de hombres... y le aseguro que han llegado a horrorizarme. ¿Lo considera estúpido?

—¡Oh, no! Usted conoce los motivos mejor que nadie.

—Eso es: Motivos. Ahí reside la causa de mi horror. No hace al caso hablarles de ello, claro. A las mujeres nos halaga ese íntimo culto que su eterno adversario masculino rinde a la belleza. Pero a veces, los que practican semejante culto intentan llegar más allá de lo conveniente —sonrió con dulzura—. Ya sé que usted no ha pretendido tal, señor Baxter. Ni usted tampoco, señor Westaco... cuando me llamé ángel. Acabo de conocerles, y sin embargo algo me inclina a sentir confianza; igual que si llevásemos muchos años de trato. Voy a confesarles el objeto de mi visita. ¿Lo adivinan?

—No —murmuró el pelirrojo, desconcertado.

—A medias... —replicó Law—. En cierto modo, casi lo ha declarado al decir que usted es *la mercancía*.

—Muy agudo. Lo que pretendo es que me ayuden a salir de Hilda —declaró sin ambages—. Quiero utilizar su nave para regresar a la Tierra. Pagaré por el pasaje lo que ustedes me pidan. Marquen la cifra. No pienso ponerles límite.

Había hablado con seguridad, sin titubeos. Recta a la cuestión.

Los miró cálidamente y luego tomó otra vez la taza, bebiendo un sorbo de café.

Se hizo un silencio. Un silencio que tuvo algo de embarazoso para los tres. Largo y tirante.

Westaco, rascándose la roja pelambre con poca delicadeza, cruzó una mirada rápida con Law. En ella le daba a entender que dejaba la iniciativa enteramente en sus manos. No podía decirse que fuese un encargo atractivo, sabida la intención de Ruth.

—Hay algunas dificultades, señorita Morgan —dijo, al fin, Baxter—. La ayudaríamos con gusto, pero...

—No me vienen de nuevo. Conozco las dificultades en todos sus aspectos. He luchado contra ellas desde la infancia. A los ocho años... quedé huérfana de padre y madre. Una explosión cobáltica. Cuando la guerra intercontinental, ¿recuerdan?

Law afirmó de un cabezazo.

—He luchado con uñas y dientes contra la vida. Todo lo que soy me lo debo a mí misma.

—Muy lamentable su orfandad —dijo Law—. Eso explica, en parte, su aversión a que señalen su hermosura. Comprendo que habrá vivido un tanto asediada por los hombres.

—Un tanto —concedió—. Pero no les debo nada. He sabido salir a flote sola. Siempre, señor Baxter.

—Nosotros no volaremos hasta la Tierra. Aquello es terreno vedado para la “Transpace Inc”, nuestra compañía de transporte espacial. Operamos en los mundos alejados del Sol, detrás de Marte.

—Conforme. Pagaré mi billete a Marte. Ya me las ingeniaré para llegar a la Tierra por otros medios.

—Naturalmente, sería fácil. Abundan las líneas comerciales. A este tipo de astronaves es a las que usted debió recurrir...

—Olvida que nos hallamos en Hilda. No existe parada comercial en el espaciopuerto... El Grupo se encuentra fuera de las rutas de viaje.

—Es verdad, Law —corroboró Westaco, adoptando una actitud favorecedora hacia la muchacha.

—Ya lo sé, zanah... digo, Dale —rectificó—. Por ello, la señorita vio el cielo abierto al descender el carguero y recurrió a nosotros. ¿Me equivoco?

—Al contrario, señor Baxter. Acierta.

—Sin embargo, y muy a nuestro disgusto, no va a ser posible facilitarle pasaje en la astronave. Sin duda, usted ignora que el reglamento de espacio-transporte prohíbe terminantemente esta clase de favores. Si la Policía Cósmica nos detuviese, inmediatamente serían retiradas nuestras licencias y sufriríamos la pena de una fuerte sanción. Nos inhabilitarían para siempre. Este acuerdo se tomó hace más de un siglo por...

—Lo sabía, señor Baxter —interrumpió Ruth serenamente—. He dispuesto de tiempo para estudiar el asunto a fondo. Conozco el contenido del artículo trescientos dos del Código de

Espaciotransporte... “Solo los tripulantes y personal afecto a la nave podrán viajar en la misma. Es norma inalterable.”

—Hay otro artículo... —empezó Dale.

—También lo he leído, señor Westaco. El ochocientos dieciséis. Se refiere a él, ¿no? Dice, en pocas palabras, que no se permitirá enrolar a personal subalterno durante los recorridos. Otra medida de seguridad para impedir la fuga de delincuentes y reclamados por la Ley. Descuiden. En realidad, conozco lo más esencial del Código... y no voy a tratar de que lo infrinjan por mi causa.

—En tal caso, no alcanzo a comprender...

—Es muy sencillo —Ruth Morgan mostró su blanca y hermosa dentadura al reír—. Les estoy proponiendo que uno de los dos se case conmigo. No hay nada prescrito en contra de las esposas. Iré a Marte *con mi marido*.

Westaco palideció ante la sorprendente proposición. Law, frunciendo el ceño, clavó su mirada escrutadora en el bonito rostro de Ruth. ¡Menuda bomba! ¿Estaría en su sano juicio? ¡Despampanante!

—No soy una vividora —anticipó ella—. Ni una aventurera. Soy una mujer que vino a Hilda... y ahora desea volver a la Tierra lo más rápidamente posible. No repararé en medios para conseguirlo. Por supuesto, mi oferta de pagar el pasaje sigue en pie. El matrimonio será puro trámite... y forma parte del viaje. Huelga decir que el esposo tendrá tal condición *sólo de nombre*. El Procurador Tipper, con quien me une sincera amistad, está autorizado para celebrar enlaces matrimoniales, y esta misma mañana puede casarnos sin...

—Un momento —pidió Law.

—Usted dirá, señor Baxter.

—Habla muy deprisa para mi torpe entendimiento. Veamos si he comprendido bien su rompecabezas.

—Estoy segura de que sí.

Law encendió un cigarrillo —tras ofrecerle otro a ella, que lo rechazó— y lo fumó con avidez. Expulsando humo por nariz y boca, contestó:

—Usted desea salir de Hilda a toda costa. ¿Es eso?

—Sí.

—Para ello, no vacila en contraer un matrimonio de pura conveniencia y adquirir así el derecho legal de ocupar nuestro carguero.

—Muy bien, señor Baxter.

—Pero... pero eso es...

—¿Qué es, señor Baxter?

—Con todos los respetos... ¡una solemne barbaridad!

—No discutiremos sobre ese punto. Usted defiende una opinión, y yo otra. Les propongo un *negocio*. Un simple negocio, por el que



quedaré eternamente agradecida. Nada más. Son muy dueños de decidir lo que crean que les conviene.

—¡No quiero saberlo, Dale! Esto es absurdo de pies a cabeza. ¿No se da cuenta de que corre usted un grave riesgo, señorita Morgan?

—¿Por qué?

—Ese matrimonio... ¡Oh, es una temeridad!

—Están hablando con una dama... y yo me atrevo a suponer que lo hago con caballeros. De mutuo acuerdo, no nos comprometemos a nada ilícito. Constituye un plan legal para facilitarme la salida.

—¡Pero ese matrimonio es válido!

—Desde luego, lo es. El Procurador Tipper posee potestad, y no hace falta legalizarlo *a posteriori*. Mi *esposo* lo será tan completamente como si la ceremonia se celebrase ante un Tribunal de la Tierra. Claro que... una vez en Marte, tendremos que invalidarlo. Sencillamente, renunciaremos y se nos concederá la disociación conyugal. No veo el temido riesgo.

—Yo sí. Imagine que me niego... Bueno. En el supuesto de que sea yo quien acceda a pasar por su marido. El matrimonio civil es un contrato bilateral entre dos personas. No puede disolverse sin la doble conformidad de ambos.

—Usted, aceptando ese supuesto, demostraría muy mala fe negando la autorización. Pero no pase pena, señor Baxter. También he previsto esa eventualidad. Firmaré un compromiso privado con mi futuro esposo. Ese documento poseerá fuerza legal en caso de recurso jurídico. Podría usted apelar una y mil veces; pero la prueba documentaría echaría por los suelos la negativa de disociación. Ahora bien, si al hablar de riesgo pensaba en el que ustedes van a correr...

—Me rindo —sonrió, contagiado por su femenino gracejo, Law—. No hay fallos en su plan, ¿verdad?

—Creo que no. Es decir... hay uno.

—¿Cuál? —preguntó Westaco rojo como la pana.

—El material hombre. ¿Les gusto para esposa, aunque sea condicionada a la más estricta corrección y abstinencia?

Los dos amigos se miraron. ¡Extraordinaria situación la que acababa de plantearles la hermosísima Ruth Morgan! Law chupó el cigarrillo. Westaco volvió a rascarse el cuero cabelludo, perplejo.

—No respondan todavía. Ya me doy cuenta de que la oferta es bastante desusada. Insólita. Tómense algún tiempo para meditar.

—¿Por qué vino usted a Hilda, señorita Morgan?

Ella, risueña, trasladó la luz azul de las pupilas a Law.

—Esperaba la pregunta —asintió—. Soy ingeniero en mineralogía. La Compañía Minera de Hilda me ofreció un puesto bien retribuido. Por eso vine aquí. Comprenderán que no existiendo *parada* de ruta comercial, ellos tuvieron que traerme. Hace un mes que caducó mi

compromiso... Yo he cumplido la parte asignada. Pero... cierto directivo se niega a devolverme al mundo. Alega que soy imprescindible como mineralogista —suspiró—. Cualquier razón es buena.

—Aunque no sea la verdadera.

—Puede que sí lo sea.

—No. Apuesto a que hay algo más. Algo... relacionado con su belleza.

—Tal vez.

—¿No quiere explicarlo?

—A fin de cuentas... es asunto mío. Lo único que a ustedes les incumbe es el hecho de que desee salir del planetoide. Y de que he de hacerlo en calidad de mujer casada. Estoy en sus manos. He esperado ansiosamente esta oportunidad desde que supe que transportarían los productos mecánicos. Por favor —hubo un temblor nervioso en las comisuras de sus labios—, no me abandonen.

Callaron los tres. Ella, incómoda, se revolvió en el asiento. El silencio se prolongó durante interminables minutos, y Law fumó el cigarrillo hasta casi quemarse las puntas de los dedos.

—Bien —objetó, dirigiéndose a Dale—. Es hora de que sepamos tu opinión, pelirrojo. ¿Votas a favor o en contra de la señorita Morgan?

—A favor.

—No has tardado en decidirte.

—Estoy de su parte, Law. A mí también me repudiaría vivir en un astro así.

—Gracias, señor Westaco —dijo Ruth humildemente—. Falta su voto, señor Baxter.

—Dale y yo somos socios. Hasta hoy, siempre hemos compartido beneficios, pérdidas y golpes a partes iguales. Me he acostumbrado a sus pecas y a su áspero pelo de zanah... de color rojo. Usted gana, señorita Morgan. No me atrevo a dejarle solo. Usa el cerebro con la misma torpeza que yo; o sea, usted le anularía sin esfuerzo. Confío en que a los dos le costará bastante más trabajo.

—Gracias, señor Baxter —repitió en el mismo tono—. ¿Con quién debo casarme, pues?

—Lo echaremos a suertes —intervino Dale, bailándole una amplia sonrisa en el rostro—. ¡Qué divertido!

—Volveré esta tarde... a las tres en punto, hora sideral —completó Ruth—. Diré al Procurador Tipper que disponga la ceremonia para una hora después. ¿Convenido?

—Convenido.

Ella se puso de pie. Parecía emocionada. El brillo de sus ojos era más intenso, más sugerente.

Demasiado hermosa, meditó Law para sí. Este viajecito lo recordaremos siempre, porque los conflictos nos persiguen. ¿En qué acabará tamaña locura?

—A las tres, hablaremos de dinero —prometió Ruth.

—Eso no tiene la menor importancia para nosotros, ¿verdad, Law?

—Claro que no —rezongó el capitán—. La “Transpace Inc” nada en la abundancia. Hasta es posible que le concedamos el viaje como regalo de boda... completamente gratis.

—Yo quiero pagar, amigos. Hagamos las cosas bien desde el principio.

—No se apresure —rió Dale—. Law acaba de exponer una feliz idea. ¡Qué magnífico regalo de bodas! Y hay una cosa cierta... ¡él o yo tenemos que casarnos con usted, señorita Morgan! ¡Qué gracioso!

### Otras complicaciones

En principio, la cosa resultaba graciosa, sí. Dos amigos iban a sortearse el privilegio de contraer matrimonio con una mujer totalmente desconocida. Graciosísimo. Pero...

Algunas preguntas bullían ruidosamente en el cerebro de Law mientras mezclaba los naipes de su mugrienta baraja. Aquella baraja decidiría la suerte o la desgracia de unirse, siquiera nominalmente, a la lindísima Ruth Morgan.

Las preguntas, constantes, no cesaban de atronar su imaginación. ¿Por qué tan desaforado empeño de escapar de Hilda? ¿Mintió al expresar sus motivos?

Ruth era inteligente. Lo demostraba el hecho de haber estudiado a fondo su viaje en el carguero. ¿Cómo fue a parar a un astro perdido? Verdaderamente... ¿tenía aspecto de mineralogista? ¿No les estaría haciendo víctimas de un juego sucio y mucho más complicado que la simple causa de regresar a la Tierra?

—Ya has barajado bastante, Law —indicó Dale—. Anda, dame a cortar.

—Te veo muy impaciente, zanahoria.

—Un aviso —gruñó el pelirrojo—. ¡No se te ocurra llamarme así delante de ella! Sería bochornoso para un marido.

—Un marido sobre el papel... no es tal en la práctica. Además, no estés tan seguro de que vas a ser el elegido de la fortuna. A lo peor... me toca a mí cargar con ella.

—¿A lo peor?

—Sí. Eso dije. Creo que tenemos especial virtud para meternos hasta el cuello en toda clase de enredos.

—Ruth Morgan es una pobre muchacha que ha acudido a nosotros en demanda de auxilio. Tú pareces incapaz de comprender su problema. Se encuentra sola y desplazada en este islote inmundo.

—Al que vino por propia voluntad.

—Confía en nosotros para...

—El único problema que comprendo es el que nos afecta a nosotros. Y ella representa un escollo.

—¿Sí?

—¡Sí! Es muy bonita, Dale. Su hermosura se te ha subido a la cabeza bien pronto. Ella nos utiliza sólo para sus fines... No siente nada por ninguno de los dos... En el fondo, hasta es posible que le causemos risa por lo ingenuos. ¿Sabes lo que debemos responder a su

proposición?

—No me interesa. Vamos; corta ya.

—Debimos enviarla al cuerno. Cortésmente; pero enviarla acto seguido.

—Conducta inhumana, Law —calificó Westaco—. Es terrícola, como tú y como yo. Aunque sólo fuese por ello, consideraría una obligación tenderle la mano. Ya sé que la boda es pura filfa. Un tapaojos para los inspectores de la Policía Cósmica. A pesar de saberlo, me ilusiona la idea de transformarla en señora Westaco...

—Mente de antropeide y raciocinio de asno. He ahí tu radioscopia cerebroencefálica.

—Gracias, capitán. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora. Quedamos en que se jugarán tres partidas rápidas a la carta más alta. El as es la de menos valor. El que gane las tres, o dos de ellas, se queda con la chica.

—Admitido. Te concedo la oportunidad de obtener el apetitoso premio. Suerte, Law.

—¡Calla de una vez, zanahoria!

La baraja fue depositada sobre la mesa. Westaco dividió el montón en dos mitades. Indistintamente, podían separar los naipes de uno a otro montón.

—Empieza tú, capitán —invitó.

Law, sin emoción, la levantó la primera. Boca arriba, la dejó caer encima del tablero. Era el seis de rombos.

—Mal número —se burló Dale—. Lo siento por ti. Verás a Ruth Morgan paseando de un extremo a otro del carguero colgada de mi brazo cariñoso...

—¡Juega! —gritó Law.

Su amigo lo hizo. Retiró un naipe, lo volteó poniendo cara de suficiencia y... ¡y resultó ser el dos de picas! ¡Un insignificante dos!

—¡Maldición! —exclamó, irritado—. ¿Qué significa esto?

—Significa que el seis es superior al dos. Y que acabo de ganar la primera partida. Mi más sentido pésame.

—¡Ah! ¡No cantes victoria todavía! ¡Levanta otra carta!

—¡Cómo no! —Law, sintiendo un extraño y desconocido cosquilleo, lo hizo.

—¡As de trébol! ¡Caíste, vencedor! ¿No acordamos que el as puntúa por debajo de todos?

—Espera a ver tus valores. Aún quedan tres ases más en la baraja...

—¡Rey de picas! —descubrió Dale—. ¿Satisfecho? He ganado yo. ¡Viva por las picas!

—Estamos empatados —rezongó Law con voz velada—. Uno a uno. A la tercera va la vencida.

—O la victoriosa. Adelante, señor Baxter.

—Con mucho gusto, señor... zanahoria.

Law, consciente, advirtió que le invadía una inexplicable emoción. Algo inusitado. Se repitió mentalmente que Ruth Morgan sólo se preocupaba de abandonar Hilda, sin que ningún otro sentimiento interviniera para nada.

No obstante, absurdamente, deseó que la suerte le sonriese. Le molestó saberse tan interesado por la joven.

—Nueve —descubrió, mostrando el naipe.

—¡Bah! Ahora verás lo que es bueno. Dame otro rey, barajita simpática...

Pero la barajita le dio lo mismo que a Law unos minutos antes. ¡El as de rombos!

—Brrr... —resopló el pelirrojo estrellando la carta—. ¡Adiós mi sueño dorado!

Law suspiró y se dejó caer en una silla.

Bien. Había vencido. Ruth Morgan era su premio. ¿Debía sentirse feliz o lamentarlo?

—Enhorabuena —dijo Dale alegremente—. Eres hombre casado.

—¿Es que no piensas callar nunca? —masculló.

\* \* \*

Ruth fue puntual. A las tres, hora sideral, se presentó en la espacionave.

Rió de buena gana cuando Westaco, ruborizado pero rumbón, le explicó las incidencias de la breve partida. Law, por su parte, se abstuvo de hacer comentarios.

Ella le miraba de hito en hito, esperando alguna manifestación lisonjera. Pareció defraudarle la manifiesta frialdad del espacio-piloto, aunque, desde el primer instante, se afanó en disimular la decepción.

Antes de que la boda civil fuese celebrada, las dos partes contratantes, firmando Westaco como testigo, suscribieron un contrato privado especificando los términos meramente formularios en que se basaba la alianza. En teoría, serían marido y mujer. En la práctica, tripulante y pasajera. Nada más.

El contrato —de hecho— constituía un arma de dos filos, ya que reflejaba la predisposición tácita de emplear el ardid para burlar la Ley. A ninguna de las partes, en realidad, convendría nunca que arrojase luz en el estrado de un tribunal jurídico. Habría atenuantes de tipo sentimental, claro. De orden humanitario. Pero lo mejor sería destruirlo una vez obtenida la anulación matrimonial. El Destino, jugueteón como siempre, se ocuparía de intervenir decisivamente andando el tiempo. Ello no podía entonces adivinarlo ninguno de los tres personajes enmadejados a sabiendas en aquel juego retador y peligroso.

Al llegar a Marte, solicitarían la disociación conyugal y los desposados volverían a recuperar su libertad. Ésta era la idea. La directriz de conducta. No admitían desviaciones. Lástima... porque las desviaciones son la salsa de los imponderables que *siempre* existen.

El Procurador Tipper vivía en la barriada subterránea más importante de Hilda. Se hallaba ya en antecedentes —avisado por Ruth— y se puso en el acto manos a la obra.

La ceremonia resultó de una sencillez rectilínea. Dale ofició en calidad de apadrinador, y la señora Tipper, una viejecilla vivaracha, estampó su firma en el registro testifical. Dos anillos de cobre bruñido brillaron en los dedos de Ruth y Law.

Legalmente, Ruth Morgan y Law Baxter estaban casados.

Para ambos constituía una novedad el reciente estado. Un tanto sofocados, escucharon las palabras finales con que el Procurador dio por terminada la ceremonia.

—Quedan declarados marido y mujer —dijo—. Este matrimonio se reputará válido en toda la extensión cosmológica sujeta al gobierno sideral y perteneciente a la Confederación Terrestre de Mundos. Pueden besarse.

Tipper pronunció la última frase con leve retintín. Ocurrió algo entonces. Algo delicioso y, a la vez, crispante.

—¿Es necesario?

—Es la costumbre —replicó Tipper—. Hágalo sin prevención, señora Baxter. Mientras tanto, voy a prepararles el certificado matrimonial.

Dale Westaco les felicitó, así como la señora Tipper. El pelirrojo comprendió entonces el origen de los temores que antes asaltaron a Law. Realmente, casarse es algo más serio que un simple acuerdo de conveniencia. Ahora lo sabía.

Bastaba mirar a los indecisos contrayentes para darse cuenta de ello. Los dos pasaban por un momento de verdadero apuro. Se habían lanzado alegremente a jugar con fuego... y tal vez acabarían quemándose.

Ni el Procurador ni su esposa sabían la medula de la cuestión. Para ellos, Ruth y Law se conocían de antiguo, profesándose un verdadero amor que desembocó en el matrimonio. Cuidaron especialmente de ocultarles la verdad, ya que el viejo jurista no habría consentido en celebrar una unión exclusivamente acomodaticia.

—Bésele, hija —invitó Magda Tipper, un tanto regocijada—. Es su marido... y creo que todos los hombres esperan con emoción este primer beso legal. Los demás podrán ser más sabrosos, pero ninguno tan plácido como el de la boda.

Ruth improvisó una débil sonrisa. Sus ojos azules, serenos, miraron a los de Law.

Desde poco antes se tuteaban, fingían una familiaridad inexistente y procuraban en todo momento dar verisimilitud a su comedia romántica.

—Déjalo —pidió él—. Tendremos ocasión de hacerlo... en privado.

—No importa —repuso Ruth—. Bé... bésame, querido.

Elevó la gordezuela barbilla, ofreciéndole sus labios de miel y coral. Westaco enrojeció como si la invitación hubiese ido dirigida a él en lugar de a su amigo y socio. Law, un poco nervioso, comprendió el sacrificio que aquel acto encerraba para la hermosa viajera que a toda costa deseaba salir de Hilda, y no tuvo valor para abusar de la situación.

Recatadamente, en un fugaz contacto, le rozó la mejilla de seda. Luego, afectando alegría, se separó.

—Un marido tímido es una ventaja en nuestros días —comentó la vivaz señora Tipper—. Podrá usted dormir tranquila durante sus prolongados viajes.

—Hay pocos hombres como Law, es cierto —contestó Ruth, agradeciendo con una leve sonrisa la gentileza de su esposo teórico—. Nunca olvidaré... algunas de las cosas que le debo.

—No me debes nada, Ruth. Al contrario, soy yo quien siempre estaré en deuda contigo.

—¡Oh, qué romántico! —se extasió Magda Tipper—. ¿Verdad, señor Westaco? ¿No siente usted envidia de su amigo?

—Pues... no —Dale enrojeció aún más—. Le compadezco. Yo soy un solterón impenitente.

La ceremonia había concluido. El Procurador Tipper legalizó el certificado matrimonial y lo entregó a los dos contrayentes, haciéndose cargo de él Law Baxter.

Desde el mismo momento que lo guardó en su bolsillo, tuvo la sospecha de que acababa de recibir, firmada y todo, una especial complicación. Un sexto sentido, indefinible, se lo avisaba.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

En realidad, como ya dice el viejo refrán, las desgracias nunca vienen solas. Y aquella complicación arrastraría a otras más, igual que un poderoso imán atrae a las piezas sueltas con su magnetismo. No tardaría mucho en comprobarlo.

De regreso a la astronave de carga, obligadamente silenciosos, los tres se encontraron con la inesperada circunstancia de una nueva visita.

Se trataba de un hombre. Un terrícola alto y macizo, de cabellos negrísimos y mirada audaz. Naturalmente, estos detalles los apreciaron algo después, al entablar estrecho contacto con él.

Por lo pronto, dada la lejanía, sólo pudieron advertir los rasgos



generales del visitante. Es decir, su constitución corpórea y el adecuado equipo espacial que vestía.

Sucedió algo curioso que, de momento, Law no acertó a valorar en su justa importancia.

Ruth Morgan, caminando entre los dos amigos, se detuvo instantáneamente, igual que frenada en seco, apenas ascender una suave colina cenicienta y alcanzar a ver la nave y al visitante que aguardaba. Fue algo instintivo y, por supuesto, temeroso.

A Law le extrañó su actitud. Observó, sin comprender, cómo el color huía de sus mejillas y se mordía el labio inferior. ¡Hasta habría asegurado que temblaba! ¿Por qué?

El sobresalto duró apenas un segundo. La joven se repuso enseguida, demostrando su perfecto autodomínio, y recobró la apacible expresión de siempre.

Al parecer —esto dedujo Law— creyó reconocer en el visitante los rasgos de otra persona, y ello bastó para intranquilizarla. ¿Quién podía ser esa persona? Desde luego, no se trataba del hombre que tenían delante. El tránsito del sobresalto a la calma fue demasiado rápido.

—Me llamo Ted López —anunció el hasta entonces desconocido, valiéndose del *parlolut*—. He venido a hablar con ustedes de parte del intendente Harper. Él dice que necesitan trabajo.

Law asintió de un cabezazo, mientras estrechaba su mano enguantada y fuerte. Siempre ayudado por la cabeza, le indicó que entrase en la nave, donde podrían charlar libremente. Ted López no se hizo de rogar.

El pelirrojo Westaco aprovechó el tiempo examinando concienzudamente al recién llegado, cuyos negrísimos ojos rendían a Ruth un homenaje elocuente a su belleza, pese a la ausencia de sonidos.

—Mi esposa Ruth —presentó Law, una vez acomodados en el interior.

—A sus pies, señora —dijo López con voz educada—. Le felicito, señor. Ha elegido usted una auténtica estrella. La más rutilante de este firmamento.

—Dale Westaco, mi socio —agregó Law, sin familiaridades.

—Encantado, amigo. Usted debe ser, pues, Lawrence Baxter. Muy bien. Ya estamos todos presentados. Ahora, hablemos de negocios.

Ruth, consultando previamente a su marido con los ojos, se retiró por la puerta de comunicación, ofreciéndoles la necesaria soltura para iniciar el asunto que se adivinaba. López aceptó el cigarrillo y la copa de *whisky* que Westaco acababa de servirle.

—Me gusta tratar con caballeros —rió—. Saben lo que es amabilidad. Excelente licor.

—Perdone si soy indiscreto —intervino el pelirrojo—. Creo que he oído su nombre antes de ahora.

—Es posible —Ted poseía una blanca y cuidada dentadura que contrastaba con el curtido de su rostro, y debía sentirse orgulloso de ella porque sonreía sin cesar—. Aunque no lo asegure. Con frecuencia me confunden... con otros López.

—¿Latino?

—¡Oh, sí! Se me nota a la legua. Soy español —bebió un trago de *whisky* y chupó el pitillo—. Pero no me ha enviado Harper para hablar de mí.

—Eso supongo. Lleve usted el tema.

—Trabajo por cuenta de Karl Busse... el hombre de los mil negocios. Al parecer, Baxter, su compañía de transportes no tiene mucho que transportar. Quiero saber sus condiciones para enviar un cargamento de varias toneladas a un islote celeste próximo a Callisto, en Júpiter. Precio y tiempo que invertirán en hacer la entrega.

—No se anda por las ramas —comentó Law.

—¿Para qué? Cumpló órdenes de Karl Busse. A él le disgustan los rodeos. Y puesto que Harper parece decidido a recomendarles, considero lo más honesto entenderse rápidamente.

Era un aventurero. Un mercenario del mejor postor. Como su pregonado origen latino, esta condición social se le notaba a la legua también. Aquella palabra —honestamente— resultaba burlona en sus labios.

—También soy partidario de ir directo al grano. Pero...

—Continúe —sonrió el apuesto López, fumando.

—Hay varias cuestiones que tratar en primer término.

—Conforme. Tratémoslas.

—Acaso usted no se halle facultado para responder a mis propias preguntas.

—Yo llevaré el negocio a mi modo. Pregunte.

—¿Sin contar con su jefe?

—Conozco su modo de obrar. Para todos los efectos, es igual que si tratasen con él.

—¿No podríamos verle?

—Lo dudo —López volvió a sonreír—. Karl Busse es el hombre de los mil negocios, ya lo dije. Las ocupaciones le absorben todo su tiempo. Viaja mucho. Hoy está en Hilda y mañana... camino de Saturno. ¡Quién puede saberlo! Sus delegados conocen el negocio y tienen atribuciones para llevarlo de acuerdo con sus deseos. Yo soy el delegado del Cinturón.

—Nunca oí hablar de ese Karl Busse —señaló Westaco.

—Es *alguien* en el Universo. Plásticos, minerales, joyas, instrumentos diversos, operaciones de bolsa... —Ted López, como

buen catador, olfateó el licor antes de saborear un nuevo traguito—. Su marchita compañía puede elevarse unos cuantos puntos trabajando para él. Pero... dejemos antes una cosa bien sentada —sonrió, suavizando el tono altivo de las siguientes palabras—: Nosotros *no hemos venido a buscarles*, amigos. Harper dijo que estaban con el agua al cuello. Si me encuentro aquí es sólo... por hacerles un favor.

Law se encogió de hombros. A él no podía engañarle López... porque conocía a la gente de los planetoides. Incluso, sin excesivo esfuerzo de imaginación, presumía la clase de individuo que era Karl Busse.

—Es cierto que estamos con el agua al cuello —replicó—. Aunque no pasará nada mientras conservemos la cabeza fuera.

—Me gusta usted, Baxter. Tiene sentido del humor.

—Gracias, López. ¿Cuál es la mercancía que desean transportar a Callisto?

—Bloques de protoactinio hidrogenado.

—¿Utilidad de ese protoactinio?

—Pregunta mucho, ¿no cree?

—Pues... no. Es necesario. He de anotarlo en mi libro oficial de envíos. ¿Para qué se usa?

—Lo emplean los físicos y químicos. Aleaciones hipermetalúrgicas. Resistencia a todas las tensiones. Hoy por hoy, es uno de los materiales más cotizados en la industria. Y más escasos.

—¿Cuántas toneladas?

—Digamos... unas diez.

—Bastantes. La escasez no afecta demasiado a Karl Busse —Law, girando el cuello, miró a Westaco—. Eso vendrá a resultar sobre cuatrocientos por tonelada, ¿no?

—Aproximadamente —afirmó Dale—. Cuatro mil en total.

—Ya lo ha oído, López. Cuatro mil es el precio. ¿Le conviene?

—Creí que la “Transpace Inc”, teniendo en cuenta su apurada situación, aplicaría honorarios de saldo.

—La “Transpace Inc” es una compañía segura. Jamás se han perdido géneros ni deteriorado materiales. Desde luego, en los cuatro mil figura incluido el seguro. Si algo ocurriese... le indemnizaríamos.

—Prefiero que no ocurra, en bien de todos.

Ted López los miró alternativamente al contestar. Sus ojos negros y grandes se mostraron calculadores.

Era un hombre audaz, casi temerario; y Law lo sabía. Acaso, la mano derecha de Karl Busse. Además, su fuerte debían ser las decisiones rápidas.

—Muy bien. Pagaré los cuatro mil.

—Tendrá que darnos una cantidad por anticipado.

—Ya les doy la mercancía. Y conste que sólo puedo otorgarles un

margen de confianza por lo que Harper me ha contado de ustedes.

—Dos mil de anticipo —insistió Law, convencido de que pisaba terreno seguro—. Piénselo. Permaneceremos hasta mañana en Hilda. Consulte a su jefe, si lo cree necesario.

López apuró el resto del licor e introdujo la colilla del cigarrillo por el orificio del eliminador residual.

—No sé qué tiene usted, Baxter —sonrió—. Pero me ha convencido. La “Transpace Inc” es la compañía que necesito para que los bloques de protoactinio hidrogenado lleguen sin novedad. Además, no puedo elegir. Aquí no hay competidores... Cargaremos al anochecer. Dispongan lo conveniente para partir enseguida. Traeré los dos mil... y algunas instrucciones. ¿De acuerdo?

—Por nosotros, trato hecho.

—Vengan esas manos. Estamos fabricados a la medida.

He aquí otra complicación. Law no pudo alejar esta repentina idea de su mente.

Cuando Ted López, tras despedirse, salió de la espacionave, la certeza de haberse metido en un asunto espinoso se le clavaba en el corazón con la agudeza de un estilete. Así se lo dijo a Westaco, al quedar nuevamente solos.

—No sé —rezongó el pelirrojo—. Quizá se trate de un envío en regla.

—Estamos en los planetoides. Aquí se vienen muchos a ganar dinero... como sea. Han salido grandes fortunas en poco tiempo.

—Eso no significa nada, Law.

—¿Pagaría cuatro mil sin regateos? Es el precio más elevado que recuerdo desde que “Transpace Inc” nació a la vida. Con este viaje nos sacamos las mejores ganancias hasta la fecha... o damos de huesos en cualquier penitenciaría cósmica. Ya supondrás que el protoactinio hidrogenado sólo existe en la imaginación de Ted López. O de Karl Busse, si lo prefieres.

—¿Contrabando? —murmuró su amigo, tras medio minuto de callada reflexión.

—Apuesto mi vida.

—Confío en que no nos pesquen, Law.

—Ésa es mi mayor esperanza. No tendríamos disculpa, zanahoria. Pero reconozco que la partidita de Ceres ha sido el golpe maestro para desnucarnos. Voy a arriesgarme... y llevaremos ese contrabando a Callisto. Dios nos coja confesados.

—Oye, Law... —Dale se rascó la coronilla—. Saltamos de la sartén para caer en el fuego. ¿Qué diablos nos pasa? Primero, nos despluman en un garito. Después, te casas con una mujer preciosa... pero llena de misterios. Ahora, nos mezclamos con contrabandistas... Siempre creí que tú y yo éramos dos veteranos.

—Lo somos. Sin embargo, la compañía se hundiría irremisiblemente a menos que recurramos a medios heroicos. ¿Te parece bastante heroico tratar de burlar a la Policía Cósmica?

—Sí. Nos darán una medalla.

—O una larga condena por complicidad. No le digas nada de esto a Ruth. Yo hablaré con ella y le explicaré que el viaje a Marte se retrasará algún tiempo. Otra complicación.

—¡Uff! —rezongó Westaco—. De veras que somos una pareja de locos.

La noticia no agradó a Ruth. Ella, como manifestó abiertamente, deseaba llegar cuanto antes a la Tierra.

Tenía verdadero frenesí por abandonar Hilda y saberse en camino hacia el Mundo. No obstante, atendió las razones de Law y tomó el contratiempo con resignación.

Mas las complicaciones no habían terminado todavía.

Al atardecer —un atardecer en las sombras frías del negro firmamento iluminado por el disco fantasmal de Júpiter— Ted López volvió a la astronave y dio principio a la carga.

Entregó el anticipo, los envolvió en sus contagiosas sonrisas, y no concedió reposo al *parlolux* para activar el acarreo de su cuadrilla de porteadores integrada por individuos de todas las razas. Él también evidenciaba desmedida prisa por abandonar Hilda.

El protoactinio iba envasado en bloques de metro y medio de lado. Cuadrados gigantescos, de apariencia metálica, y sin embargo asombrosamente livianos. La pandilla de acarreadores conocía el oficio a la perfección. Instalaron las cajas aprovechando cada centímetro de espacio vital. Un rápido cálculo de peso descubrió que, en efecto, el cargamento frisaba los diez mil kilogramos.

—La ligereza es una de las más codiciadas propiedades del protoactinio hidrogenado —explicó Ted López a requerimientos de Law—. De ahí su reducidísimo peso. Bien —añadió, soslayando el tópico—. Entregarán la mercancía en vuelo. Usted debe detener la nave cincuenta espaciomillas al norte de Callisto. Otra espacionave, pintada de rojo, se les unirá en el punto designado... Ellos se ocuparán de descargar la mercancía y pagarles el resto convenido...

—¿No es eso un tanto raro, López?

—Según y cómo se miren los negocios. Recuerde que el protoactinio hidrogenado es casi un artículo de lujo. Karl Busse tiene su propio sistema de acción.

—¿Por qué no descargamos en el satélite?

—¿Qué más les da un lugar que otro?

—Me interesa saber la razón.

—Se enteraría todo el mundo enseguida. Ésa es la *única* razón. Ello perjudicaría la venta en las condiciones ventajosas que Karl

espera obtener...

—Pero... cualquiera pensaría que tratan de desembarcar el artículo clandestinamente.

—¡Oh, no se preocupe, Baxter! Deje que cada cual piense lo que le convenga. El fin justifica los medios.

—Su táctica tiene mucho parecido con la de los contrabandistas.

—Seguro —apoyó Westaco—. Demasiado.

—¿Han sido ustedes contrabandistas?

—No. Pero abundan por estos lugares. Cualquiera puede serlo. Incluso usted.

Ted López dejó de reír durante algunos segundos. Su rostro más bien atractivo adquirió dura austeridad, y las negras pupilas relampaguearon con destellos azulados.

Su apostura varonil, innegable, y con la que posiblemente lograba destacados éxitos entre el elemento femenino, tomó un aire ligeramente retador, desafiante. Luego, de pronto, recobró el aspecto sonriente y dijo a volapié:

—No me ofendan, amigos.

—No hemos querido ofenderle —contestó Law—. Sólo hicimos comparaciones entre sus métodos... y los de cuantos se dedican a burlar las espacioaduanas.

—Mala comparación —alargó la diestra, desenfadado—. En el punto de reunión les entregarán otros dos mil... en números redondos. Quedará saldada la deuda, y cada mochuelo a su olivo. Ya ven que no soy tacaño. Les deseo buen viaje.

—¿No volveremos a vernos?

—Quizá no. Eso nunca se sabe a ciencia fija. Despídame de su esposa, Baxter.

—Espere.

—Diga, capitán.

—¿Cómo sabremos que los tripulantes de esa nave fantasma y pintada de rojo son sus verdaderos aliados?

—Les dirán el número exacto de bloques y el peso hasta el último gramo. Descuide. No habrá error, Baxter.

—Usted es quien corre el riesgo.

López sonrió, dubitativo. Antes de salir del carguero, aún añadió:

—El riesgo vamos a compartirlo todos. Palabra de Ted López.

Una vez en el exterior, agitó el brazo y los sujetos que componían la cuadrilla echaron a andar en pos del representante de Karl Busse. A través de la lucerna, Law y Dale contemplaron el progresivo alejamiento del grupo. También vieron algo más.

Un hombre solitario, avanzando en dirección contraria, conversó un instante con Ted López. El español debía ser persona conocida en el planetaide. Se habían colocado de una forma que era imposible

captar los parpadeos de sus *parlolux*, por lo que no entendieran nada del corto intercambio luminoclávico.

Después, en línea tan directa que no dejaba lugar a errores, el desconocido anduvo hacia la astronave de carga. Otro visitante. Empezaban a resultar molestos.

—¿Le conoces?

—Jamás le he visto antes, Dale. Soy tan forastero como tú.

—¿Será Karl Busse?

—No sé. Pero no tardaremos en salir de dudas. Viene hacia aquí. Bajaré a recibirle.

—No me gusta Hilda. Mucho movimiento y constantes visitas. ¿En qué clase de laberinto nos estamos metiendo, Law?

—Creo que a eso podría contestar mi encantadora esposa. Fíjate en él. Alto, moreno, curtido de tez... Se parece a López. Y todavía no he olvidado el sobresalto que la estremeció esta tarde. Ve a buscarla, Dale. Presumo que ahí tenemos un poderoso *motivo*, como ella llama a los adoradores de su belleza.

—Bien. Nos encontraremos en la cámara.

—Pero no la adviertas. Deseo que acuda sin preparación. Así observaremos el efecto que le produce el nuevo personaje que entra en escena.

—Adoro el silencio y la soledad del espacio. Esto está superpoblado... y muy neblinoso. Apenas entiendo gran cosa; pero en torno a nosotros, una araña invisible teje su tela para envolvernos.

—Recuerda el lema: Ponte en pie y sonríe. Por lo menos, hay algo concreto: dos mil en la mano... y otro tanto a cincuenta espaciomillas de Callisto. Un beneficio redondo, querido zanahoria.

—Me tienes sobre ascuas con tus advertencias sobre contrabando. ¿Por qué no nos echamos atrás?

—Un poco tarde, y además... retroceder es de cobardes. Me gusta la aventura. En este viaje habrá mucho que contarle a Beyonde.

—Si podemos contarle —rezongó el pelirrojo con leve sarcasmo.

Law llegó a la cámara central con pocos minutos de antelación sobre el desconocido. Tuvo ocasión de observarle detenidamente.

Su parecido con Ted López era remoto a tan corta distancia, pero existía. Ello le convenció de que no resultaba infundado atribuirle cierta relación con Ruth. Ella debió creer —cuando descubrió a Ted— que se trataba del hombre que ahora hacía acto de presencia.

Baxter le permitió el paso. Una vez asegurados los cierres de la escotilla, el recién llegado se libró del yelmo protector. Con voz marcadamente ronca, sin paliativos, increpó:

—¿Dónde está ella?

Law, fríamente, le miró a los ojos. Eran negros, como los de Ted... pero correspondían a un hombre débil de carácter. Quizá arrastrado

por un arrebató, sería capaz de cometer cualquier barbaridad; mas no era de naturaleza violenta.

Entonces, sin embargo, se le notaba presa de iracunda excitación.

—¡Conteste! Le he preguntado dónde está Ruth. ¡Llámla!

—Cálmese —aconsejó Law—. Y vayamos por partes.

—Sé que está aquí. ¡López me lo dijo!

—Empecemos por saber su nombre, a qué ha venido y por qué causa desea hablar... *con mi esposa*. Después, le contestaré... o le echaré a puntapiés de la nave.

—¿Su... su esposa? —balbuceó, anonadado.

—Veo que López calló lo más sabroso. En efecto; la única Ruth que hay aquí es mi mujer. Aunque puede que no se refiera a...

—¡Es ella! ¡No puede tratarse de otra!

—¡Baje la voz, amigo! —ordenó Law—. Otro grito... ¡y le arrojo de cabeza al exterior! ¿Entendido?

—¡Usted no tiene ningún derecho sobre ella!

—¿Le parece poco el matrimonio?

—¡Miente! Ruth no puede haberse casado con usted. Le exijo que...

—¡Basta! —atajó Law con energía—. No le tolero que me llame embustero. Y repórtese. ¡Es la última vez que le aviso!

—¿Qué clase de juego se llevan entre manos? ¡Se han confabulado para aturdirme! Sepa usted que la Ley prohíbe admitir pasajeros a bordo de las naves de carga. ¡La denunciaré por prófuga!

—¿Piensa enseñarme mi propio oficio?

—Le juro que va a acordarse de esto hasta el fin de sus días si inmediatamente no rectifica...

—¡Lalond! —intervino entonces una nerviosa voz de mujer—. No te pongas más en ridículo. Y vete.

El llamado Lalond giró sobre sus talones como picado por una serpiente y se enfrentó, sin deponer la actitud hostil, a la pálida Ruth, que acababa de entrar en la cámara acompañada por Dale Westaco.

Fue un momento de auténtico suspenso emocional. Todos callaron, mirándose entre sí. Los bellos ojos de Ruth despedían fuego azul al agregar:

—Adiós, Lalond. A pesar de mi cuidado en ocultarme, todavía has llegado a tiempo... para que te despidas. Vuelve a tu cubil. Esta vez, la oveja ha derrotado al lobo.

Hablaba crudamente, sin concesiones. No eran palabras, sino dentelladas furiosas. Parecía una hermosa fierecilla en el éxtasis de su ardor defensivo.

—Ya entiendo —dijo Lalond con voz sofocada por el despecho—. Una jugada clarísima... Te has aliado con el primer pelagatos que encontraste a mano para burlarte de mí. Pero... ¡no voy a consentirlo!



¡Quiero saber la verdad!

—Dísela, Ruth —animó Law.

—La verdad acabas de saberla por boca de... de mi esposo. Si alguien tiene que rectificar, no somos precisamente nosotros. Vuelve a tu despacho, a dar órdenes y a saciar indignos apetitos con las humanoides... Ya te previne que a mí no me tendrías, ni ahora... ¡ni nunca!

—¡Víbora maldita! Te crees muy lista, ¿verdad?

Law dio un paso hacia adelante, fruncido el ceño. Lalond permanecía de espaldas y no pudo verle.

Se hubiese estremecido al contemplar su aspecto peligrosamente huracanado. ¡Era un alud frío y demoledor!

—Cierre la boca —aconsejó—. Habla más de la cuenta. ¡Y lárguese!

—¡Es usted quien tiene que callar! —jadeó—. Ningún pordiosero del espacio puede levantar el gallo en Hilda cuando yo estoy delante, ¿comprendido? ¡Estúpido ignorante! Ahora mismo voy a llevarme a esta sucia terrícola al lugar que le corresponde ocupar. ¡Todavía se encuentra bajo mis órdenes sujeta a contrato...!

—¡No es cierto! —atajó Ruth, palidísima—. El contrato caducó, Law. Te doy mi palabra de...

—¡Lo he prorrogado! —chilló Lalond—. Tengo potestad para ello y...

—Cierre la boca —repitió Law, con los puños crispados.

—Antes tiene que saber la clase de alimaña que ha recogido del arroyo, vagabundo. ¡Ella es lo peor del espacio! ¡Lo más despreciable! Me había jurado eterno amor para obtener privilegios especiales de la Compañía, por eso...

—Bien —decidió Law, arrebatado—. ¡Se la cerraré yo!

Su puño derecho salió disparado con la fuerza de una bala de cañón y alcanzó a Lalond en la punta de la barbilla cuando su ardor dialéctico parecía a punto de desbordarse. El terrible impacto le proyectó hacia atrás, derribándole aparatosamente en el suelo.

Law, sin preocuparse por el caído, clavó su mirada infernal en Ruth.

—¡Di algo! —exigió.

—¡Oh, Law...! No tengo nada que decir... —gimió ella—. Excepto que son falsas todas sus acusaciones.

—Es suficiente.

Lalond, medio aturdido, empezó a incorporarse. Sus ojos extraviados rezumaban odio y afán de venganza. No se quejó. No pronunció ni una sola palabra.

En su lugar, hurgando en el bolsillo interior del equipo, extrajo una corta pistola de cañón chato. ¡Electrodardos atómicos! ¡Muerte

segura para el que fuese alcanzado!

—¡Déjame! —avisó Westaco, saltando igual que un gigantesco felino—. ¡Necesito un poco de diversión!

Los dos hombres chocaron rudamente en el centro de la cámara y Lalond salió despedido con violencia, hasta dar de espaldas contra la gruesa pared metálica.

Antes de que lograra reponerse del asalto del mastodonte, Westaco atenazó su muñeca y le volteó por arriba de la cabeza con extraordinaria facilidad. Al soltar el miembro, Lalond fue a estrellarse a varios metros de distancia y la pistola de electrodardos rebotó en el otro extremo de la estancia. ¡Fuera de combate un criminal en potencia!

Todo había ocurrido con vertiginosa rapidez. Cegadoramente. Ruth no pudo reprimir un grito de horror y se cubrió el rostro con las trémulas manos.

—¡Le han matado! —suspiró.

—No. Está sin sentido —aclaró el pelirrojo elevándolo en sus potentes brazos—. Los tipos de su clase causan infección a quienes los aplastan. ¿Dónde echo esta basura, Law?

Baxter, sonriendo a medias, tomó el yelmo, lo acopló en el disco roscante del equipo espacial y aseguró el cierre para que la atmósfera dañina del planetoide no resultase letal al inconsciente.

—Tíralo afuera. Y sube a la cabina. Nos vamos.

Dio media vuelta y, sin mirar a Ruth, caminó en dirección a la puerta de comunicación interna.

Dale arrojó por la escotilla el inanimado cuerpo, que flotó un instante en el aire y, luego, descendió lentamente hacia el suelo agrietado de Hilda.

—Law —llamó Ruth—. Creo que mereces una explicación y...

—Más tarde —atajó él, seco—. He tenido suficientes complicaciones por hoy. Ve a la cámara-dormitorio. Empezaremos el vuelo enseguida.

—Pero...

—Obedece, Ruth. ¡Para eso te has casado conmigo! —la miró duramente antes de añadir—: ¡Y conste que no hablo como un marido teórico! La explicación vendrá después... ¡larga y tendida!

## CAPÍTULO VI

### Protoactinio hidrogenado

Espacio negro, inmenso, punteado por millones de ojelos luminosos.

Cuerpos celestes, estrellas, mundillos extraños, nebulosas, cúmulos globulares... Toda la *vida* misteriosa e inabarcable que puebla el Cosmos infinito.

Negruras y luz. Silencio. Panorama grandioso, sobrecogedor.

He ahí lo que Law Baxter, enfurruñado y hosco, contemplaba sin interés a través de la pantalla de exploración cosmológica.

Otra vez de viaje. En vuelo espacial. Ahora, rumbo a Callisto, uno de los naturales satélites de Júpiter, alejándose de la trayectoria del Sol que para sus hermanos terrícolas constituía la mayor y más lúcida estrella del Universo.

El espacio curte al ser humano y lo vuelve un poco apático. Las bellezas y los horrores se prodigan sin tasa. Esto acaba por despojarle de la capacidad de asombrarse.

No es que Law fuese de los insensibles. Su carrera de espacio-piloto lo puso en contacto con fenómenos increíbles y paisajes de pesadilla. Pero su capacidad sorpresiva no estaba anulada aún.

Lo que ocurría era que entonces —todavía bajo los efectos del suceso que tuvo por protagonista al malparado Lalond— la impresión no se apartaba de su mente. Ello impedía que, como otras veces, se extasiase con las maravillas indescriptibles del Gran Cielo.

Gobernaba la astronave mecánicamente. Era la suya una seguridad impecable, fruto de larga práctica y poderoso adiestramiento.

Una parte de su cerebro se hallaba pendiente de los complicados instrumentos direccionales. La otra porción, obstinada, no cesaba de darle vueltas al inesperado problema representado por Ruth, Ted López y el cargamento de protoactinio hidrogenado.

—¿Quieres que te releve? —preguntó Westaco, de improviso.

—¡Ah! ¿Estás ahí? —gruñó el capitán—. No; no hace falta.

—Llevas dos horas largas pilotando el carguero. ¿No adviertes el paso del tiempo?

—Dos horas... —musitó su amigo—. Me han parecido un soplo.

—Ya lo supongo. Te ha ganado el ensimismamiento, Law. Ni siquiera volviste la cabeza cuando entré. ¿En qué piensas?

—¡Bah! No tiene importancia.

—A pesar de ello. Me he habituado a ser para ti una mezcla de

confidente y confesor. Dímelo. Dos cabezas discurren mejor que una sola.

Law echó una ojeada al cuadrante de impulsión y rectificó la constante superada de autoaceleración. Todo en orden. La astronave surcaba el espacio a supervelocidad de crucero.

—Pienso en Ruth —confesó, al fin.

—Lo sospechaba. Creo que a ella debe sucederle tres cuartos de lo mismo.

Hubo un silencio. El control radio-óptico de seguridad emitió su chasquido de aviso. El tic-tac duró doce segundos, que quedaron registrados en el contador de obstáculos. El minúsculo asteroide que se había interpuesto en la ruta de la nave fue sorteado sin contratiempos.

—Está muy apenada —agregó Westaco después, lento—. Continúa recluida en el dormitorio. Creo... creo que fuiste un poco duro con ella. Después de todo, no eres su esposo más que sobre el papel.

—Dejando aparte la cuestión matrimonial, soy el capitán del carguero. Le conviene acatar mis órdenes por las buenas, porque no tengo intención de mostrarme tolerante.

—Pero ella quería hablarte, Law... Explicar la verdad... Ese Lalond sembró el equívoco a propósito. Por simple rencor.

—No doy demasiado crédito a lo que dijo Lalond —repuso Baxter—. Lo único que me duele es su falta de confianza para con nosotros. Si confesó que deseaba salir de Hilda a cualquier precio, también pudo aclarar que existía un hombre en su vida. Ruth se lo calló.

—Me parece recordar algo sobre eso. Habló de un contrato caducado... y de que la Compañía se negaba a dejarla marchar. O, mejor dicho, cierto directivo ponía obstáculos. Lalond se calificó a sí mismo de poderoso. ¿No podría ser él ese directivo?

—Muy elocuente, zanahoria. La has defendido como el mejor picapleitos. Pero... ¿por qué no expuso la situación claramente? Eso es lo que me enoja. Su estúpido silencio.

—Bueno. Aquello pasó. Vamos a convivir juntos una temporada y no es muy alentador empezar con malos humores. Dale una oportunidad, Law. La chica lo confesará todo. Anda... Ve a verla, y líbrale del peso que descansa sobre su conciencia. Además... —sonrió levemente— se trata de tu querida esposa.

—¡Ja! —respondió Law, imitando una risa seca—. ¡Mi querida esposa!

—Me ocuparé de los mandos. ¿Hay instrucciones especiales, capitán?

—He dicho que no estoy cansado.

—Pero yo sí lo estoy. Cansado de permanecer inactivo. Vamos,

Law. Levántale el arresto a Ruth... o iré yo en persona a sacarla de su encierro. ¿Qué prefieres?

—Se te parte el corazón ante una mujer bonita, ¿eh?

—Y ella lo es. Preciosa. Tuviste mucha suerte con las cartas, bribón.

—No sé. Puede que el afortunado fuera el que perdió la partida. Esa chica es un nido de conflictos.

A regañadientes, Law abandonó el sillón direccional e hizo entrega de los mandos a Westaco. No le seducía la idea de volver a enfrentarse con los maravillosos ojos azules de *su esposa*.

En verdad, que también a él —aunque fingiese lo contrario— se le partía el corazón ante una mujer bonita. Y Ruth lo era. Tan bonita, que hasta se le podían perdonar algunos de sus pecadillos por omisión.

Empleó el montacargas de mercancías para descender a la planta cuarta de la astronave. El gigantesco monstruo metálico que recorría el espacio asemejábase a una desierta y silenciosa ciudad rectilínea. La cámara-dormitorio poseía capacidad para doce personas, holgadamente instaladas, porque el carguero perteneció antaño a una flotilla de naves dedicadas al espacio-transporte de ganados y precisaban de personal diestro en cuestiones anejas a reproducción, veterinaria y selección de cruces nacidos durante los largos viajes.

Al adquirirlo en subasta, Law y Dale sólo introdujeron las modificaciones imprescindibles para adaptarlo a su profesión. Por ello, todavía existían pasillos y dependencias impresionantes por su tamaño.

Law, carraspeando, advirtió de su proximidad a Ruth. La puerta automática, accionada por fotocélulas, le abrió paso en silencio.

Ella permanecía sentada sobre uno de los lechos extensibles y contemplaba, por una lumbrera supletoria de panel corredizo, el negro y poblado exterior cósmico. Al volverse a mirarle, Law observó dos cosas importantes: los ojos y la boca.

Los primeros mostraban ligera rojez palpebral y huellas de prolongado llanto. La boca, aunque se esforzó en improvisar una tímida sonrisa, apenas pudo ahuyentar la tristeza dibujada en las comisuras.

Algo se quebró dentro del hombre, ablandándole moralmente, al decir:

—¿Te gusta el Gran Cielo, Ruth?

—Es... es fascinante —contestó ella—. Mucho más inmenso y latente que visto desde Hilda.

—Sí. La ruta de Júpiter se considera como de las más hermosas del espacio. ¿No lo contemplaste en tu viaje desde la Tierra?

—Apenas. La nave que nos trajo era tetraplaza, y no reunía las ventajas de ésta.

—¡Sé tan pocas cosas de ti! —suspiró Law, acomodándose a su lado—. Todo resulta nuevo... y enigmático. Creo que no existe un marido más desconocedor de su esposa que yo.

—Acaso... porque no eres un marido como los demás, Law.

—Es cierto. Lo mismo puede decirse respecto a mis derechos, ¿verdad? He sufrido un espejismo al pretender dominarte por la fuerza.

—Te estoy muy agradecida —confesó Ruth, suavizando la expresión apenada—. Tú y Dale habéis sido buenos conmigo. Eso es algo que nunca podré pagar... ni siquiera con el importe del pasaje. ¿Quieres que hablemos de dinero? Sigo en deuda con los dueños de “Transpace Inc”.

—Déjalo. Acepta el pasaje como regalo de boda. Westaco se enojaría si rechazásemos su obsequio.

—Pero...

—Ruth —Law expulsó una bocanada de aire—. No he venido a tratar de cuestiones financieras —calló y, en un arranque, agregó sin titubeos—. Deseo que me perdones por lo de antes. Creo que me porté como un grosero.

—Pensaste mal de mí... —musitó ella, rehuendo mirarle—. Diste crédito a las falsas acusaciones de Lalond. Sería inútil negar que me abochornó tu conducta.

—Por eso intento que me excuses, Ruth.

—Te disculpo, sí. Lalond es un hombre venenoso... y te contagié su ponzoña. De todas formas, te agradezco que rompieses una lanza a mi favor. Hasta ahora... nadie me había defendido con la energía que Dale y tú pusisteis en la empresa.

—Te defendí porque ningún caballero habría permitido...

—Eso es lo que más daño me produce, Law. En aquel momento, te comportaste como un caballero. Aún me parece verte, echando fuego por los ojos, al derribarle de un puñetazo. Pero...

—Continúa —rogó él.

—Pero... luego te despojaste de la capa y rehusaste atender a mis razones. ¡Fue tan contradictorio, Law! ¿Por qué no quisiste escucharme?

—Bueno, yo... —Law improvisó una sonrisa—. Temo que perdí la cabeza. Eso fue todo... La imagen que tenía formada de Ruth Morgan no correspondía en absoluto a la pintura que de ella hacía el tal Lalond. Lo vi todo negro. Te pido que lo olvides... si puedes. Una mujer que habla como tú... y llora por las ofensas recibidas... no puede ser tan despreciable como Lalond asegura.

—Mintió —dijo Ruth manteniendo firmes los bellísimos ojos—. Lo hizo por rencor... y tal vez por envidia. Verás, Law... Yo soy una víctima de mi propia belleza. Traté de explicártelo apenas nos

conocimos. Me persigue como una maldición. Te juro que nunca he pretendido sacar provecho de esta circunstancia. Acepté la oferta de la Compañía Minera de Hilda y vine aquí *sólo* en calidad de mineralogista. Ésa es la única verdad. En la Tierra no encontraba oportunidades ventajosas para ejercer mi profesión...

—Te creo. No sigas.

—Debes saberlo. No hay nada que ocultar en mi vida, Law. Jamás me he dejado deslumbrar por el señuelo de brillantes promesas... y Lalond probó todos los medios para seducirme. Yo no podría unirme a un hombre como él... porque conozco sus antecedentes y he sido testigo de sus denigrantes acciones. Siempre luché por establecer la diferencia que existe entre una empleada bajo sus órdenes... y lo que él soñaba que fuese. Creo que llegé a odiarme. Un odio siniestro, Law. Se negó a dejarme en libertad cuando finalizó mi contrato y expuse el deseo de partir de Hilda. Levantó trabas y obstáculos. Alardeó de que yo le pertenecía, y tuve que sufrir humillaciones... De todo el planetaide, sólo los Tipper me honraron con su amistad... A Magda le confesé que estaba enamorada de otro hombre, siendo correspondida. Un hombre íntegro, con el que me casaría. Mi propósito al mentir, lo confieso, era que esta versión llegase a oídos de Lalond y le atemorizase en sus impulsos... Entonces, aparecisteis vosotros... Con la presencia del carguero vi el cielo abierto... El resto, ya lo sabes. Piensa de mí lo que quieras, Law. Ésta es la historia.

—No puedo pensar nada malo —contestó Baxter—. Comprendo que has debido sufrir mucho, Ruth. Yo... yo he sido un estúpido.

Ella inclinó la cabeza, y dos lágrimas furtivas resbalaron por sus mejillas sedeñas. Durante algún tiempo, ninguno de los dos habló.

Los potentes motores de la nave, sonando lejanos, daban palpitación de vida al veloz carguero que avanzaba hacia Júpiter. Al fin, alargando la mano, Law propuso:

—Olvídalo, por favor. Seamos... amigos.

—Lo somos —afirmó Ruth—. Tú y Dale formáis ahora parte de un mundo nuevo. Mi mundo. ¿Es mucho pedir un poco de paz para mi espíritu?

—Tendrás cuanta paz desees, Ruth.

—Gracias, Law. Aunque sea de mentirijillas... te considero el mejor esposo del Universo.

Y Ruth Morgan —señora Baxter en los papeles— sonrió felizmente por primera vez desde que empezó la entrevista. Los nubarrones de mal agüero se habían disipado. De nuevo lucía el sol en las almas y en los corazones.

Pero quedaba una última complicación, no del todo sorpresiva, reservada a los espacionautas de la gran nave de plata.

El trayecto hacia Callisto —manteniendo la supervelocidad de

crucero— abarcaría un tiempo lógicamente inferior a medio mes terrícola. A bordo de las astronaves originarias de la Tierra y, especialmente, tripuladas por terrestres, la medida-tiempo seguía rigiéndose horariamente por los conceptos tan familiares al habitante del Mundo. De una forma teórica, obligada por reminiscencias imposibles de borrar pese al progreso, el Hombre utilizaba para sus cálculos los patrones básicos de hora, día, mes y año.

El cómputo total, acomodaticio, se fijaba en tablas calibradas para la navegación espacial que determinaban medidas exactas; pero que al terrícola integral, habituado a sus viejas costumbres, no le hacían sentirse extraño y desplazado en un ambiente cósmico tan desplazado y extraño como ningún otro en los inmensos abismos de la Naturaleza.

El cálculo tiempo-distancia lograba resolverse sin error a base de operaciones matemáticas de doble incógnita. La máquina servomecánica efectuaba las operaciones y arrojaba el cociente líquido a deducir de la tabla espacial. En número redondos, faltaba medio millón de espaciomillas para alcanzar el sector jupiteriano... Esta cifra, aplicada al cálculo tiempo-distancia, determinaba unos quince días de recorrido. La diferencia podía oscilar en orden de minutos. Y nunca excedería de los treinta como máximo.

Dos semanas no eran lapso apreciable para Law y Dale, acostumbrados a permanecer en tan gigantesco encierro durante meses y, en ocasiones, hasta años. A la única a quien afectaba la constreñida libertad del voluntario cautiverio era a Ruth.

Por eso, ella mataba el ocio dando largos paseos cuando sus camaradas se hallaban ocupados en el ineludible cometido diario. Llegó a conocerse la nave hasta en sus más olvidados rincones. A veces, Law o el pelirrojo la acompañaban en sus deambuleos. Esto, y la constante asiduidad, terminaron creando un clima de estrecha camaradería que desembocó en amistad sincera.

La vida tomó otro color para los tres. Aprendieron a conocerse. Se confesaron sueños, proyectos y realidades. Un fuerte lazo —que con el tiempo sería indisoluble como demostraron los acontecimientos posteriores— acabó por fundirles en sincero triunvirato.

Fue el decimosegundo día de navegación cuando descubrieron la nueva complicación que hasta entonces, y de un modo impreciso, sólo se atrevieron a sospechar.

Y la complicación brotó directamente de aquellos metálicos bloques cargados en Hilda a los que Ted López calificó de protoactinio hidrogenado. Law Baxter, siquiera de un modo honorario, pudo apuntarse un señalado tanto a favor de su personal intuición.

Se hallaba en la cabina de mandos, atento al rumbo y las mediciones de espaciocontrol, en el momento que Westaco y Ruth le dieron la noticia. No denotó asombro. Simplemente, mostró interés



por contemplar con sus propios ojos lo que acababan de manifestarle.

Consultó la carta cósmica, asegurándose de que la ruta carecía de obstáculos peligrosos, y ello le decidió a conectar el mecanismo de autogobierno para casos de ausencia. La nave, durante algún tiempo, viajaría bajo la impersonal vigilancia de un aparato positrónico que actuaría con la misma eficiencia que un astronauta curtido en todas las lides espaciales.

Mientras se dirigían al lugar del descubrimiento, Westaco explicó brevemente los orígenes del mismo.

—Ruth quería conocer el recinto donde antaño estuvieron enclavadas las extraincubadoras avícolas —dijo—. No es un sitio notable; pero tú ya sabes que desde allí es posible obtener una espaciovisión maravillosa del Cosmos. Los gases exhaustivos que escapan por las toberas forman una cortina brumosa que proporciona a los astros aspecto de cuerpos tremolantes. Algo así como lo que ocurre con los objetos vistos a través de un halo de calor. Fuimos hacia allá. En el Corredor Cinco atravesamos la parte baja de la bodega. Allí habrá unos setecientos bloques del dichoso protoactinio hidrogenado.

—Ya lo sé —asintió Law.

—Tal vez los porteadores de López no los instalaron bien... o quizá se produjo algún viraje brusco. Sea como fuere, Law, uno de los cubos había caído desde lo alto al suelo. Tenía destrozada una pared. Nos acercamos por curiosidad. En el interior, formando paquetes, se oculta un polvillo blanco e inodoro. Yo ignoro lo que es... ¡pero maldita la gracia que me hace!

—Un polvo blanco —repitió Law, reflexivo—. ¿Es ésa la importante aleación hipermetalúrgica que codician físicos y químicos? ¡Tampoco me hace gracia, Dale!

—¿Tienes idea de lo que puede ser? —preguntó Ruth antes de salir del montacargas.

—Una idea... escalofriante. Si es lo que yo pienso... ¡hemos firmado nuestra sentencia de muerte!

—¡Law! —exclamó Westaco, deteniéndose—. ¿No exageras?

—No. Llevaríamos a bordo un cargamento archiprohibido... Algo que obliga a andar de coronilla a todas las patrullas de la Policía Cósmica. Tendremos que viajar con mil ojos, ¿comprendéis? Con mil ojos... ¡muy abiertos! Si nos echan el guante no lo contaremos.

—P... pero...

—¡Vamos a la bodega! —decidió Law avanzando a largas zancadas—. ¡Ese Ted López nos ha endulzado el purgante disfrazándolo con el envoltorio de un caramelo!

—¿Tan malo es? —interrogó la joven.

—Peor. ¡Malísimo, Ruth! Dios quiera que esté en un error y mis

temores sean infundados.

El camino hacia la bodega se transformó en anhelante carrera por acortar la distancia. ¿Protoactinio hidrogenado? ¡Narices! Las prevenciones de Law comenzaban a manifestarse de un modo real. ¡Lo catastrófico sería que acertase *en todo*!

Maldijo a Hilda, al intendente Harper que les facilitó la entrevista y al risueño aventurero quien, no en vano, se desprendía con tanta prodigalidad de cuatro billetes grandes. ¡Hasta Karl Busse recibió el salpicón de sus iras!

Ahora lo veía claro. ¡Eran ellos los condenados a correr todos los peligros! De ahí sus extrañas instrucciones.

Una nave de transporte no despierta demasiadas sospechas. Pero podía despertarlas —y grandes!— si las cosmopatrullas policiales los interceptaban gravitando inmóviles a cincuenta espaciomillas de Callisto. ¡Iniciarían un registro!

El bloque continuaba derribado en el suelo de planchas metálicas, igual que Ruth y Dale lo descubrieron poco antes. Law, adelantándose a sus amigos, se arrodilló junto al objeto. Todo seguía tal y como Westaco había descrito.

Los paquetitos ordenados en su hueco interior no excederían de dos docenas. Uno de ellos se había destrozado —por efectos del golpe, dedujo— y el polvo blanquecino y levemente fosfórico que contenía manchaba níveamente el doble fondo.

—¿Se trata de lo que tú pensabas? —quiso saber Ruth, ansiosa.

—Temo que sí. Ahora saldremos de dudas.

Law se humedeció un dedo con saliva, lo aplicó encima de la capa polvorienta y, casi enseguida, se produjo una efervescencia de corta duración.

Hasta los pelos de las cejas parecieron erizársele al comprender la magnitud aterradora del descubrimiento que acababa de realizar. Luego, convencido ya de la verdad, se llevó el dedo a la boca.

—¡Cuidado! —advirtió Dale—. ¡Tal vez sea veneno!

—No —contestó el capitán, sombrío, tras saborear el dulzón polvillo—. Es una droga. ¡Una droga infame que azota a los individuos de todas las razas! Siento comunicarlo, amigos, pero llevamos en la nave... ¡un cargamento fabuloso de *fixofilina*! ¡Con él podría desencadenarse la más sangrienta rebelión del Cosmos!<sup>5</sup>.

—¡*Fixofilina*! —se asombró Dale en el colmo del estupor—. ¡Si nos detienen, aniquilarán nuestros restos partícula a partícula!

—Ésa es la gran jugada en el negocio de Karl Busse. Él se propone ganar una inmensa fortuna... ¡sin arriesgar para nada la piel! Nosotros, estúpidos vaguespacios, haremos todo el trabajo. Y si nos intercepta la policía... ¡le bastará ignorarnos para salvar el cuello!

—¡Oh! —gimió Ruth sinceramente aterrada.

Law se puso de pie y trató de coordinar las ideas que aturdíán su mente. ¿Qué sabía de la *fixofilina*? No demasiado. ¡Pero era el origen de enormes fortunas ganadas contrabandeando!

Ellos tres, acuciados por la necesidad de salvar a la maltratada “Transpace Inc”, también eran ahora contrabandistas. ¡Los mezclaron en el delictivo asunto sin previa consulta! Iban a ciegas... ¡rectos a la perdición! De nada servirían las lamentaciones. Tenían que afrontar, por el camino de la emergencia, la cruda actualidad.

*Fixofilina*. Unos pocos gramos bastaban para convertir en un aguerrido y temerario luchador al más tímido de los seres. Su sangre hervía, explosiva, y sentía desatarse una combatividad y energía insospechadas. Elevaba el ánimo y centuplicaba las fuerzas. La *fixofilina* era el opio maldito de la Era Galáctica... ¡El incentivo imparable, y vicioso, de todas las guerras!

Los *fixómanos* estaban condenados, inexorablemente, a un trágico fin: la locura total. La enfermedad que engendraba el abuso del vicio no tenía cura. Jamás perdonaba. Existían miles de guiñapos humanos y humanoides padeciendo la lenta agonía final de la demencia. Pero ello... ¿qué importaba a los crueles contrabandistas de drogas que veían engrosar sus arcas en breve tiempo?

—Tenemos dos soluciones —gruñó Law con voz ronca.

—¿Cuáles son?

—Primera: Arrojar la carga al vacío. Aunque nos descubriesen, no podrían acusarnos de nada. Pero eso equivaldría a renunciar expresamente al resto del dinero que López prometió pagamos. Y también... a un caro placer llamado venganza. Se han aprovechado de nosotros, y a Law Baxter le encanta devolver golpe por golpe.

—¿Y la segunda?

—Continuar el viaje hacia Callisto. Estamos a punto de llegar. Si la Policía Cósmica no nos ha detenido hasta ahora, cabe suponer que la ruta se encuentra menos vigilada que otras, próximas a la Tierra.

—¿Por cuál de ellas se inclina nuestro capitán? —quiso saber Ruth.

—La segunda es la mía —declaró, tajante—. No me importa el riesgo. De ignorar este fortuito descubrimiento, nada nos habría hecho desistir del viaje. Quiero verme, cara a cara, con esos aventureros de Júpiter. ¡Me van a conocer! Y respecto a Ted López... ¡prometo dedicarle un buen puñetazo en la barbilla la próxima vez que le eche la vista encima!

—¿Esperas volverle a ver?

—Desde luego, Westaco. ¡Le veremos! Ten por seguro que él nos saldrá a recibir en esa nave roja y fantasma de que habló. ¡Apostaría mi vida en ello!

—¿Y entonces...?

—Entonces... comprenderán que caer en poder de la Policía Cósmica es una delicia comparada con lo que representa enfurecer a Law Baxter. ¿Estás conmigo, pelirrojo?

—¡Hasta el fin!

—¿Y tú, Ruth?

—Yo tengo demasiado miedo para opinar —tragó saliva y alzó los redondos hombros color de luna—. ¡Pero adelante! ¡Una buena esposa no abandona jamás a su marido!

Sí. El triunvirato formado por dos audaces vagaespacios y una hermosa mujer, deseaba tomarse la revancha. Hubo engaño y ofensa. Para Law nada más grato que demostrar a los contrabandistas su enojo por haberle utilizado de pantalla. La *fixofilina* llegaría a Callisto. ¡Y también el puñetazo prometido!

Lo que ignoraban todos —incluido el risueño Ted López— era que la Policía Cósmica sabía ya los detalles concernientes al caso. ¿Por qué? Muy sencillo. Lalond guardaba negro odio en su corazón. Si Ruth no era para él... ¡tampoco lo sería para nadie!

La aventura no había hecho más que empezar. Lo espeluznantemente trágico aún estaba por acontecer. ¡Y acontecería en breve!

**Fin del tomo**

## **JAIMITO**

la publicación infantil más graciosa e interesante

**PUBLICA MENSUALMENTE  
SELECCIONES DE JAIMITO**

un extraordinario con  
36 PÁGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos,  
seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACIÓN CREADA  
**Para alegrar y divertir**  
¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será uno de los nuestros

**ROBERTO ALCÁZAR Y PEDRÍN**

**LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE ESPAÑOL Y SU AYUDANTE**

son conocidas por todos los buenos catadores de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce  
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIÓN  
SE LAS RECOMENDAMOS  
si no gusta de esta clase de aventuras  
con ilustraciones  
RECOMIÉNDELA

al chico que desee pues se trata de la colección más  
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS  
SE PUBLICAN EN ESTE GÉNERO

Creada por

**EDITORIAL VALENCIANA**

## COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 100 Pasaron de la Luna *C. Aubrey Rice*
- 101 La amenaza tenebrosa *J. Negri O'Hara*
- 102 El gran fin *J. Negri O'Hara*
- 103 Intriga en el año 2000 *Profesor Hasley*
- 104 El extraño profesor Addington *Profesor Hasley*
- 105 Sin noticias de Urano *C. Aubrey Rice*
- 106 Acción inaudita *C. Aubrey Rice*
- 107 El horror invisible *Karel Sterling*
- 108 Más allá de Plutón *Profesor Hasley*
- 109 La revancha de Zamok *Profesor Hasley*
- 110 Situación desesperada *C. Aubrey Rice*
- 111 El experimento del doctor Kellman *J. Negri O'Hara*
- 112 Los habitantes del astro sintético *Eduardo Texeira*
- 113 Los muertos atacan *Profesor Hasley*
- 114 La última batalla *Profesor Hasley*
- 115 1958: Objetivo Luna *Karel Sterling*
- 116 La amenaza de Andrómeda *Robín Carol*
- 117 El silencio de Helión *Robín Carol*
- 118 Ventana al infinito *J. Negri O'Hara*
- 119 El planeta errante *Karel Sterling*
- 120 Regreso a la patria *George H. White*
- 121 Lucha a muerte *George H. White*
- 122 Cautivos del espacio *Joe Bennett*
- 123 Vacío siniestro *Joe Bennett*
- 124 Detrás del universo *Karel Sterling*
- 125 ¡Karima! *Profesor Hasley*
- 126 El bosque petrificado *Profesor Hasley*
- 127 Energía Z *Profesor Hasley*
- 128 Fantasma siderales *Karel Sterling*
- 129 El túnel trasatlántico *Profesor Hasley*
- 130 El mundo subterráneo *Profesor Hasley*
- 131 Entre Marte y Júpiter *Joe Bennett*
- 132 Separación asteroidal *Joe Bennett*
- 133 Naufragos del universo *Joe Bennett*
- 134 La isla de otro mundo *Eduardo Texeira*
- 135 El tiempo desintegrado *Karel Sterling*
- 136 El conquistador del mundo *Profesor Hasley*
- 137 El ejército sin alma *Profesor Hasley*
- 138 Mensajes de muerte *Karel Sterling*
- 139 Motín robótico *Joe Bennett*
- 140 Cita en la Luna *Van S. Smith*
- 141 Misterio en la Antártida *Larry Winters*
- 142 Cosmville *Joe Bennett*
- 143 Ataúdes blancos de Oberón *Karel Sterling*
- 144 Nosotros, los marcianos *Van S. Smith*
- 145 El doble fatal *Joe Bennett*
- 146 La ruta perdida *Karel Sterling*
- 147 Embajador en Venus *Van S. Smith*
- 148 El astro prohibido *Joe Bennett*

- 149 Niebla alucinante *C. Aubrey Rice*
- 150 La hierba del cielo *Joe Bennett*
- 151 ¡Nos han robado la Luna! *P. Danger*
- 152 Rutas ignoradas *J. Negri O'Hara*
- 153 Un cadáver en el aerolito *Henry Keystone*
- 154 La diosa de venusio *Joe Bennett*
- 155 Condenados a morir *Joe Bennett*
- 156 La barrera de las sombras *A.S. Jacob*
- 157 Las huellas conducen... al infierno *Van S. Smith*
- 158 El planeta de nadie *Henry Keystone*
- 159 Regresaron dos muertos *Joe Bennett*
- 160 El mundo de los seres condenados *J. Negri O'Hara*
- 161 El planeta maldito *P. Danger*
- 162 Asesino interplanetario *Henry Keystone*
- 163 Extraños en la Tierra *Van S. Smith*
- 164 Marionetas humanas *Vic Adams*
- 165 La nave de plata *Joe Bennett*



Sujétese fuerte, lector, porque... ¡PODRÍA  
ARROLLARLE EL HURACAN DE EMOCIONES  
QUE SE AVECINA!

JOE BENNETT

El autor de los temas escogidos, le prepara una  
colosal sorpresa cuyo título es

## LOS AVENTUREROS DE JUPITER

¡Y QUE SORPRESA! En el espacio negro y es-  
trellado, tres personajes extraordinarios vivirán  
un episodio de impacto directo en todas las fi-  
bras emocionales. ¡No se pierda este PLATO  
FUERTE dentro de la science-fiction!

## LOS AVENTUREROS DE JUPITER

Son la plaga social que trafica con el vicio sin  
otro credo que su propio lucro, capitaneados por  
Karl Bussio.

¿Quién es Karl Bussio?

Una novela intensa y fascinante le aguarda en  
nuestro próximo número. Siga viajando en la  
nave de plata que cruza el Gran Cielo y no  
olvide que esta obra colosal de JOE BENNETT  
será presentada por la insuperable Colección

*Luchadores del Espacio*

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 8 pesetas

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos  
Retoques con Word  
Convertido a FB2 con QualityEbook  
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

**notes**

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> Ceres, Pallas, Vesta y Juno, de 710, 450, 380 y 190 Kms. de diámetro, respectivamente.

<sup>2</sup> Recomendamos al lector los núms. 131, 132 y 133, donde se aborda el tema de la separación asteroidal con un audaz sentido de la novelística fantástica que sin duda ha de encantarle.

<sup>3</sup> Astronómicamente, los planetoides han sido designados machos o hembras, según el nombre originario con el que sus descubridores los bautizaron.

<sup>4</sup> Gambler: Tahúr.

<sup>5</sup> De esta fantástica y superexcitante droga ya se ha hablado en los núms. 122 y 123 de la Colección. Recomendamos con interés su lectura.